

Caj. 169-47680r

CARTAS  
ARAGONESAS

DEDICADAS Á S. M. EL REY

DON ALFONSO XIII

(Q. D. G.)

POR

L. MALLADA

—————  
Cuaderno I.<sup>o</sup>  
—————

MADRID

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4

1905

202

11  
299



4648

CAJ 169-4768a



CARTAS ARAGONESAS

· 5 16934891

J 20812929

CARTAS ARAGONESAS

- R. 83 816 -



CARTAS  
ARAGONESAS

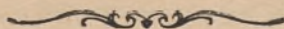
DEDICADAS Á S. M. EL REY

DON ALFONSO XIII

(Q. D. G.)

POR

L. MALLADA



MADRID

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4

1905

CARTAS

ARAGONESAS

DE DON ALFONSO XIII

DE DON ALFONSO XIII

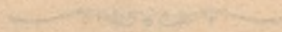
DE DON ALFONSO XIII

---

*Es propiedad.*

---

MADRID



MADRID

EN LA TIENDA DE LA VENTA DE LA VENTA DE LA VENTA

EN LA TIENDA DE LA VENTA DE LA VENTA DE LA VENTA

EN LA TIENDA DE LA VENTA DE LA VENTA DE LA VENTA

1907

# CARTAS ARAGONESAS

---

## CARTA PRIMERA

### INTRODUCCIÓN

SEÑOR:

La gratitud que estoy obligado á mostrar á V. M. por las varias pruebas de estimación con que me ha favorecido y honrado, me impulsan á ser yo también de los muchos que le rindan pleito homenaje y á que corresponda de alguna manera á la bondad de su corazón. Yo también soy de los que alaban las excelentes condiciones que en V. M. se observan y adivinan, y con las cuales le ha dotado el Cielo para ventura y redención de nuestra querida patria. Yo también quiero humilde acercarme á V. M. para rendirle tributo; pero no soy de sus súbditos más felices á quienes pueda mandar. No soy, pobre de mí, uno de los afortunados artistas á quienes es fácil ofrecer á V. M. un testimonio con el cual se materialice delicadamente el noble sentimiento de la gratitud; ni de los literatos con suficiente inspiración para dedicarle, en su loa, bellas poesías ó libros de amena lectura; ni de los que desde la tribuna ó desde el púlpito se pueden hallar en el caso de conmover á las muchedumbres en obsequio y pro y para mayor esplendor de nuestro joven Monarca; ni de los que desde los altos puestos de la Administración pública ó en las filas de los partidos políticos, enardecidos por el ejemplo y por las brillantes prendas del Jefe superior del Estado, redoblen su celo, aviven su inteligencia y afirmen su voluntad por el servicio del país y poderosamente ayuden á su engrandecimiento, puestos sus pechos valerosos frente al oleaje que agita las pasiones y que se ahonda con furia hasta los cimientos del Trono.

Reducido por mi pequeñez al silencio, no me resigno á que conmigo quede sepultada mi gratitud; y en la medida de mis débiles fuerzas, no

tengo reparo en manifestarla bajo la forma de CARTAS ARAGONESAS, que así titulo mi ofrenda, tanto por ser yo natural del antiguo reino de Aragón, cuanto porque justa y merecida fama tenemos los aragoneses de ser, entre todos los españoles, los que con más sinceridad y franqueza nos expresamos, siquiera esta franqueza se confunda muchas veces con la candidez de los niños ó con la rusticidad del hombre primitivo. Dista mucho nuestro lenguaje del atildado y pulido de la Corte, y por eso me tiene que perdonar si en lo que he de decir más adelante, á pesar de mi cuidado y buena voluntad, sale alguna expresión, frase ó palabra más propia de una aldea que de los regios alcázares. Perdone, pues, Señor, la lisura y simplicidad de mi estilo, atendida mi insignificancia, pues con ésta vivo tranquilo y resignado; porque, en medio de tantas desigualdades y diferencias en muchas cosas, el Divino Hacedor distribuyó el bien y el mal con providenciales y muy diversas compensaciones, y entre otras hay ésta: que á los pequeños alivió nuestra desgracia con el más perfecto conocimiento de la verdad, en tanto que á los reyes, á los magnates y á los favorecidos por la fortuna envolvió en róseas nubes, que tanto más la ocultan cuanto más vivamente la desean.

Digo todo esto porque muchas veces se ha repetido que los reyes nunca pueden saber la verdad, y así sucede á menudo y sin remedio.

Desde luego, en todos los países del mundo y en todos los tiempos, los altos funcionarios palatinos y los consejeros de la Corona, en miles de asuntos no quieren, aunque puedan, ó no pueden, aunque quieran, hablar al Rey el lenguaje más sincero y el más claro de la verdad, y en general, por huir de la rudeza suelen caer en la lisonja, so pena de carecer de expresión y en ocasiones hasta de buen gusto. De los sucesos y cosas desagradables, con el laudable propósito de no deprimir ó entristecer el ánimo del Monarca, hacen relaciones y pinturas en que anteponen con vivos colores las circunstancias atenuantes, y relegan al último término con apagados matices las que son más agravantes. Por el contrario, de las cosas y sucesos venturosos, con el designio también no menos plausible de aumentar el gozo del Rey en cuanto quepa en lo humano, exageran lo que más le complazca, evitando hasta el recuerdo de las rosas más bellas y fragantes, porque al pie de su cáliz llevan aguzadas espinas.

Relativamente á los políticos, difícil será á un Jefe superior del Estado averiguar por cuál camino encontrará la verdad en cuantos asuntos se trate, pues acostumbrados á sostener polémicas más ó menos solapadas con sus adversarios y siempre con intenciones rastreras, es de rigor



que sus discursos estén cuajados de flores retóricas que envuelvan con arte sus pensamientos y sus designios expresados con diplomacia y aire dramáticos, y si se terciá y conviene con algo de lirismo teatral, como si acudiesen á representar una escena importante de una ópera de gran aparato, expuestos á caer en las farsas grotescas de un sainete. Punto de partida y fundamento de su conversación será la salud del Trono y de la Patria; pero en el fondo, unos alabarán las rancias ideas de tiempos que ya pasaron; otros cantarán lindas romanzas en loor de la joven democracia; abogarán los de más allá por el predominio de la nobleza; defenderán otros las aspiraciones de las masas populares; dirán los generales de la milicia que los ejércitos y las escuadras poderosas han sido siempre el más firme amparo de las naciones, y que es lo que en primer lugar hay que cuidar y atender; sostendrán los prelados que la religión es la verdadera base de un país bien regido; ilustres próceres harán consistir la excelencia de las naciones en el desarrollo de la instrucción pública; muchos dirán que en la agricultura radica la verdadera vida del país; otros que á la industria y al comercio, así como á las obras públicas, deben principalmente los pueblos su civilización, y así de esta suerte en todos los demás ramos de la vida del país. Esto se explica muy bien. Aisladamente la persona más egoísta puede, en ocasiones, dar señales de generosidad y sacrificar su conveniencia en aras del bien general; pero considerándose como individuo de una corporación ó clase social determinada, el hombre más generoso se ve empujado al exclusivismo del grupo, reclamando con más ó menos artificio ú osadía en favor de los intereses de los suyos, sin cuidarse de que un Rey ha de proteger por igual y cuidar de todos con racional y equitativa proporción. Bien hará V. M. en tomar á beneficio de inventario las arengas de los pedigüeños y procurar ver las cosas de todos los rincones de España con sus propios ojos.

Magnífica fué la idea que tuvo V. M. de visitar las capitales de todas las provincias de España, y bien merece plácemes por haber llevado á feliz remate tan laudable tarea. Millones de plácemes merece V. M., y con V. M. la Nación entera. Y nada de extraño tiene la entusiasta acogida que halló V. M., pues, por un lado, su juventud y gallarda presencia, que tanto le favorecen, y, por otro lado, la especial situación en que se encuentra hoy el país, nos hacían confiar el excelente resultado de sus expediciones. Así fué, á Dios gracias. Todo el mundo recibió á V. M. con los brazos abiertos, de flores sembraron sus pasos, unánimes y entusiastas aclamaciones oyó V. M. de este pueblo español, digno de mejor

suerte, porque pocas veces habrá visitado un Monarca á sus súbditos en más propicias circunstancias que V. M. La Nación está cansada de tantos siglos de alocadas aventuras que tanta sangre y tantos sacrificios costaron, extenuada con tantos descalabros, sedienta de perdurable paz, de civilización y de progreso y de buenos gobiernos, y sólo ve en V. M. el rayo de esperanza que la ilumine por el camino de su redención. Y al principiar su reinado en el comienzo de otro siglo, confiando en que la Divina Providencia conceda á V. M. largos años de vida, de V. M. espera la Nación el remedio de sus males.

Después de las adversidades y desgracias, nada hay que enseñe tanto como los viajes, de los cuales obtenemos impresiones más duraderas y enseñanza más útil que las que sacamos de la lectura de los mejores libros, de cuando en cuando fatigosa, y de la conversación de las personas más doctas, no siempre de todo punto acertada ú oportuna.

Si tiempo y momentos de reposo hubiera tenido V. M. para escribirlo, no dejaría de ser útil á V. M. un libro de memorias en el que se condensasen las impresiones de sus viajes, agregando á los apuntes, de su propio puño y letra, las consideraciones que de su lectura se desprendiesen, tanto relativas á la situación actual de España, como á sus precedentes históricos y á los propósitos de buen gobierno que anotase para lo sucesivo. Ni intentar, ni pensar en esa tarea pudo, ni dejarían pensar en ella á V. M.; y á llenar esta laguna se encaminan estas CARTAS, sintiendo mucho que, por mi reducida instrucción, no me halle en el caso de dedicar á V. M. un tratado ó manual en el cual se desarrollase ordenadamente, con mayor perfección y mérito, lo que he de exponer en ellas. Pero si, al menos, consigo señalar algo que sea digno de discurso, no faltará quien detrás de mí explaye, aclare, lime y pulimente mis conceptos, agregando otros mejores; y en pago de mis afanes, quizás resulte en honra mía el haber provocado la aparición de algún escrito que sea para V. M. y para la Patria de más positivo y laudable provecho.

Para terminar esta primera, sólo me resta anunciarle, como suele hacerse en los prólogos, los asuntos que en las cartas sucesivas he de tratar. En las inmediatas hablaré del estado actual de España en su conjunto y aisladamente, así como comparándolo con el de las otras naciones. Después haré algunas consideraciones demasiado amargas relativas á la torpeza española á través de los siglos; insistiré, aunque con miedo de hacerme pesado, en varios puntos concernientes á los elementos sociales de España, y, por fin, añadiré mis ideas acerca de

las tendencias de la época, atreviéndome á indicar la marcha política y administrativa que más nos convendría seguir para bien de la Nación y la mayor satisfacción y alegría de V. M., á quien deseo el más largo y venturoso reinado.

Madrid 22 de Junio de 1905.

SEÑOR:

Á L. R. P. DE V. M.

Les conditions de la guerre, et surtout le manque de matériel, ont été les causes principales de nos revers. Les troupes ont été mal nourries, mal habillées, et ont souffert de la fatigue et de la maladie.

Malgré ces difficultés, nous avons réussi à tenir bon pendant plusieurs semaines. Les troupes ont montré un grand courage et une grande détermination.

Il est à regretter que nous n'ayons pas eu plus de renforts. Les troupes ont été épuisées et ont dû se retirer.

Les pertes ont été considérables. Les troupes ont été décimées et les dépouilles ont été abandonnées sur le terrain.

Le commandant a été tué et les troupes ont été dispersées. Les troupes ont été vaincues et ont dû se retirer.

Les troupes ont été vaincues et ont dû se retirer. Les troupes ont été vaincues et ont dû se retirer.

Les troupes ont été vaincues et ont dû se retirer. Les troupes ont été vaincues et ont dû se retirer.

Les troupes ont été vaincues et ont dû se retirer. Les troupes ont été vaincues et ont dû se retirer.

Les troupes ont été vaincues et ont dû se retirer. Les troupes ont été vaincues et ont dû se retirer.

Les troupes ont été vaincues et ont dû se retirer. Les troupes ont été vaincues et ont dû se retirer.

Les troupes ont été vaincues et ont dû se retirer. Les troupes ont été vaincues et ont dû se retirer.

Les troupes ont été vaincues et ont dû se retirer. Les troupes ont été vaincues et ont dû se retirer.

## CARTA SEGUNDA

### ACTUAL SITUACIÓN DE ESPAÑA EN SU CONJUNTO

SEÑOR:

Magnífica fué, vuelvo á decir, la idea que tuvo V. M. de visitar todas las provincias de España y las naciones vecinas á las cuales mayor intimidad y afecto nos conviene guardar. Por lo que se refiere á nuestro país, si fuese posible satisfacerla, tendríamos muchos la curiosidad de averiguar cómo y cuáles fueron vuestras impresiones de viaje, qué encontró más agradable, qué le pareció mal ó dudoso, dónde vió más objetos que admirar, dónde más defectos que corregir, dónde más faltas que remediar. Claro es que tal como V. M. hubo de hacer sus excursiones, sólo se presentó á su vista la España por el lado bonito; pero yo que también he recorrido todas las provincias (de muy distinta manera que V. M.), á vuestras impresiones de viaje añadiré varias notas, algunas de las cuales quizás puedan servirle de alguna utilidad. Este es precisamente el objeto de mis CARTAS, conforme anuncié á V. M. en la anterior.

Como un mosaico formado de piezas de diversas figuras y de variados colores, así habrá parecido España á los ojos de V. M. Al lado de vegas deleitosas repletas de vegetación, con flores y frutos de todas las especies, montes del todo pelados é improductivos, raras veces cruzados por algún solitario y taciturno viandante; junto á comarcas llenas de vida y movimiento, con centenares de villas y lugares que casi se tocan, otras comarcas tristes y despobladas como malditas de Dios; tras una ciudad de vetusta apariencia, llena de admirables monumentos históricos entre calles cubiertas de hierba, estancada en su desarrollo y envuelta entre nubes de tristeza, otra ciudad alegre, de corte moderno, con los adelantos más nuevos de la industria y de las artes; después de unas provincias cuajadas de arbolado, con pintorescas montañas y profundos valles, como los cantones de Suiza, otras provincias de caracteres opuestos, como desgajadas del continente africano; lindas llanuras

que semejan las más risueñas de Lombardía y Toscana, al lado de ásperos y secos serrijones como los Abruzos; altas mesetas con heladas parameras idénticas á las glaciales estepas del imperio moscovita, por encima de fértiles planicies iguales á las más amenas de la hermosa Francia.

¿Hasta dónde llega lo bueno? ¿Hasta dónde llega lo malo? se habrá preguntado V. M. á sí mismo desde las ventanillas del tren á cada cambio de paisaje. ¿Cuáles son los principales recursos de sus habitantes? ¿Qué clases de virtudes, cuáles defectos tienen éstos? Y al agolparse entusiasmadas las muchedumbres para mirar y admirar á V. M., habrá querido V. M. adivinar de una ojeada cuáles son sus alegrías, cuáles sus penas, cuáles sus necesidades, cuáles sus pensamientos. Si V. M. hubiera estado en el caso que yo, cuando muchacho, que estrujado entre la gente, por ver á la Reina, sufrí pisotones, empujones y codazos, una bofetada, varios golpes y hasta un mordisco, hubiese sacado V. M., en consecuencia y en resumen, que los españoles, por regla general y en casi todas las ocasiones, somos unos infelices, un tantico alborotadores é inquietos, volubles, más corteses y galanes con las mujeres que en ninguna parte, imprevisores en todo, rumbosos hasta el despilfarro, expansivos y locuaces con los desconocidos, lo mismo que los demás prójimos de raza latina; fáciles de gobernar como corderitos, por la buena; indómitos y rebeldes á la menor señal de violencia ó desprecio.

En otro tiempo, quejándonos todos de los malos gobiernos (mala señal de la ilustración y cultura del país), nos afiliábamos con entusiasmo y gritería á los partidos políticos; pero desde hace unos años, aumentando las mismas quejas, se ha caído en un escepticismo, en un desencanto, en una desilusión que parecen síntomas de falta de virilidad. ¿Dónde están aquellas energías, dónde aquellos ruidos en lo concerniente á la marcha política del país? Cuestión de raza, cuestión de latitud geográfica, cuestión de los antecedentes históricos; consecuencia de sucesos recientes y de nuestras detestables costumbres políticas.

Desde que se perdieron los últimos restos de nuestro grande imperio colonial, una densa niebla de pesimismo nos rodea, notándose en el semblante y en las palabras de algunos cierto malestar y desaliento, como si fuésemos un pueblo degenerado ó envilecido; y otros espíritus inquietos, suspirando por una rápida regeneración, se agitan frenéticos y se desesperan furiosos, como si estuviésemos aprisionados por una

cadena de males que nos es imposible quebrar, y á creer sus lamentos, parece que nos cayó una losa de plomo que nos tiene sepultados en vida. No hay motivo para tanto. Aquí es frecuente pasar de una exageración á la contraria, lo cual también sucede en todos los pueblos de compleción liviana.

Años atrás, cuando todavía tenía España provincias ultramarinas, en reuniones que celebró la Sociedad Geográfica, en que se discutía y hablaba de los intereses materiales, con tan negros colores pintaba yo la situación de la Patria, que chocaron fuertemente mis ideas contra las de la masa general de los compatriotas, que á la sazón eran del más angelical optimismo. Perdimos Cuba, perdimos Puerto Rico, perdimos Filipinas, sufrimos un gran descalabro y una espantosa vergüenza, quedamos humillados y se volvieron las tornas, pues cayeron á millares los españoles en el más lamentable pesimismo, y exagerando sus quejas y angustias hasta la ridiculez, viéndoles yo fuera del justo medio que en todas las cosas se debe buscar, renequé de tan infecunda filosofía y empecé á vislumbrar el camino por donde España había de llegar á descubrir más agradables y felices horizontes.

Más que la pérdida de tales provincias, más que la afrenta de tamaña desgracia, colosal é irreparable en verdad, arrastró al pesimismo á muchos españoles la falta de grandes y acertados gobernantes. Después de la catástrofe, la Nación en masa quería volver los ojos hacia sus ídolos; pero no los encontraba; y como si por perderse las colonias también se hubiera de hundir la metrópoli, eran muchos los que desesperados renegaban del siglo en que nacimos, sosteniendo que al cabo de tantas contiendas y de tantas revueltas, en España no había generales, ni marinos, ni estadistas, ni hacendistas, y que por no haber hasta se nos acababan los oradores, los cómicos, los toreros y las bailarinas. Según los pesimistas, España está representada por una absoluta negación, resumiendo su triste juicio en estas breves palabras: «¡Aquí no hay nada de nada!»

A decir verdad, con el asesinato de Cánovas, cuando sufríamos los fuertes reveses en Ultramar, y con el fallecimiento de Sagasta, ocurrido pocos años después, se desbarataron los dos partidos monárquicos sobre los cuales se tiene que basar la política española, y desbaratados parece que siguen. Pero necesariamente muy presto se habrán de reorganizar, tomando la cohesión, la fortaleza y la disciplina que les falta; y entre tanto así sucede, si la Nación necesita un ídolo, que vuelva los ojos á V. M. y vea en V. M. el iris de paz y el rayo de esperanza que

ilumine el camino por donde, como ya dije, hemos de llegar á descubrir más agradables y felices horizontes.

No es la juventud de ahora la que sea capaz de apreciarlo, ni lo son los hombres que entran en la edad madura, sino los de muchos años, somos quiénes podemos juzgar y comparar á ciencia cierta la España de hoy con la España de hace medio siglo; y volviendo los ojos atrás, forzoso es reconocer que de cincuenta años á esta parte han adelantado mucho los intereses materiales. Mayor hubiera sido el adelanto sin tantas guerras y revueltas, hambres, pestes y otras suertes de calamidades; pero en ese tiempo la población aumentó en cerca de tres millones de habitantes, con lo cual las principales capitales y ciudades y muchas villas doblaron el número de vecinos. Algunas hubo, como Tarrasa, Cartagena, San Fernando, Valladolid, Santander, Alicante, Almería, San Sebastián, Vigo, Huelva y otras, que lo triplicaron; otras, como Oviedo, Langreo é Irún, que lo cuadruplicaron; otras, como Sabadell y Denia, que lo quintuplicaron; otras, como Linares y Bilbao, lo sextuplicaron, y en otras, como Mieres y Gijón, se hizo ocho veces mayor.

El prodigioso aumento de estas cuatro últimas se debió principalmente al desarrollo de la riqueza minero-metalúrgica del país, merced al cual se levantaron muchos centros de población como La Unión, El Horcajo, El Terrible (de la cuenca de Belmez), Tharsis, La Felguera y otros varios, habiendo subido la producción de ese ramo de la industria desde un valor total de 72.291.544 pesetas en 1845, al de 377.394.732 correspondiente al año 1903, es decir, que ha quintuplicado en menos de sesenta años.

En otro orden de adelantos, en ese tiempo se han completado más de 38.000 quilómetros de carreteras generales del Estado, 6.000 provinciales y cerca de 63.000 de caminos vecinales; se levantaron millares de puentes, algunos muy costosos, y obras de arte admirables; se han construído magníficos puertos, ampliado y arreglado otros que sería prolijo enumerar; se tendió una red de ferrocarriles que ya pasa de 12.000 quilómetros de vía ancha, de 3.000 de vía estrecha, aparte de más de 15.000 de tranvías; otra de telégrafos que llega á 20.000; se elevaron suficientes y bien combinados faros, dotando á las costas de la Península de un sistema de luces de todos los órdenes, que se enlazan unas con otras.

Tocante á establecimientos balnearios, los progresos han sido sorprendentes en Panticosa, en Alhama de Aragón, en Archena, en Caldas de Oviedo, en Caldas de Besaya, en Caldas de Mombuy, en La Puda,



en Malavella, en Mondariz, en Alceda y Ontaneda, en Cestona y en otros muchos que podían figurar entre los muy buenos del extranjero. Y cosa parecida podría decir de los de mar, como los de San Sebastián, El Sardinero, Arenas de Bilbao, Gijón, Salinas de Avilés, Málaga, Alicante, Caldetas y otros varios, á la altura de los más afamados franceses del litoral mediterráneo y mucho mejores, por todos conceptos, que los de las playas italianas.

En el arte de construcción y adornar los edificios se adelantó también mucho, poniéndonos á la altura de naciones más florecientes, como se repara comparando la parte vieja con los barrios nuevos de Madrid, Barcelona, Bilbao, Málaga, San Sebastián, Valencia, Zaragoza y otras muchas ciudades que sería ocioso enumerar.

En los campos se levantaron á millares grandes cortijadas, hermosas fincas de explotación y recreo, magníficas granjas con número incalculable de máquinas agrícolas para toda clase de trabajos, muchas fábricas de conservas alimenticias, centros de recolección, esmerada clasificación y curiosos embalajes de frutas verdes y secas, en las cuales alcanzó la exportación á proporciones increíbles.

La industria harinera, en verdad algo decaída actualmente, se puso años atrás á la altura que se ve en las naciones más adelantadas, y cosa parecida se observa en la fabricación de los aceites que en Valencia, Andalucía, Cataluña y otras partes se van elaborando con aparatos y maquinaria de los más perfeccionados.

Respecto de la industria vinícola, los progresos han sido verdaderamente sorprendentes en menos de un cuarto de siglo. A mediados del XIX, sólo en una de aquellas destartadas fondillas, á las que reemplazaron después magníficos hoteles; en algún café de aldea, que había en las capitales donde hoy se levantan otros muy lujosos; en algún casinejo parecido á una taberna, á su vez sustituido por aristocráticos círculos de reunión y recreo, ó en alguna que otra casa muy rica y en solemnes festividades, se veían contadas botellas de Jerez, de Málaga y del Priorato. La industria de los vinos de pasto dormía el sueño de los beodos entre pellejos llenos de pez, cubas y tinajas cuajadas de yeso amaratado; y en nuestros días también, primero en la Rioja Alta y en Cataluña, después en la Mancha, en Alicante, en Jumilla, en Rueda, en Aragón y otros muchos puntos se introdujo en grande escala, con la elaboración á la moderna, el cuidadoso embotellado, cuyos productos, después de invadir toda la Península, van siendo ventajosamente conocidos en el extranjero.

Aún son más notables los adelantos en la fabricación de licores, sobre todo de coñac y de anisados, estos últimos en centenares de poblaciones y con una variedad de clases y de precios que no tiene rival en parte alguna.

Al meditar en las varias consecuencias desastrosas que habrían de seguir para España á la pérdida de las provincias ultramarinas, los hombres de negocios más avisados comprendieron la necesidad urgente de elaborar en el país el azúcar de remolacha, y en muy pocos años se montaron, con dispendios de mucha entidad, hasta cerca de un centenar de fábricas, que agregadas á las de caña, de larga fecha establecidas en el litoral de Málaga y Granada, elevaron la producción á cantidades superiores al consumo. En muy pocos años, coincidiendo con la infancia de V. M., ocurrieron en esto tan grandes progresos; y si otros análogos se hubiesen realizado al propio tiempo en otros ramos, el avance industrial de la nación hubiera sido maravilloso. En alguna de las cartas sucesivas indicaré á V. M. á qué otros ramos de producción se debieron llevar los excesos de actividad, de confianza y de capitales, que sobraron para la fundación de las magníficas fábricas de remolacha ya establecidas.

¿A qué citar más ejemplos, si en la conciencia de todo el mundo, de compatriotas y de extranjeros, está muy vivo el conocimiento de los grandes adelantos hechos en España, principalmente desde la restauración de la dinastía reinante?

Por lo que hace á la vida de las familias, aumentaron mucho los dispendios, es cierto, y en eso consisten el progreso y la civilización; pero aumentaron por igual las comodidades y la aplicación de toda clase de objetos, de utensilios y herramientas que se inventaron y perfeccionaron por todo el mundo. Aquí no hemos inventado nada ó casi nada, pero todo pasó la frontera; no hemos inventado los ferrocarriles, ni los mil modelos de carruajes y furgones, pero los tenemos; no hemos inventado los automóviles, pero los tenemos; no hemos inventado miles de clases de herramientas, pero las tenemos; no hemos inventado miles de artículos de objetos de escritorio, de novedades, de bisutería, pero los tenemos; no hemos inventado las modas, pero las clases acomodadas visten con tanto lujo y tanta distinción como la gente extranjera más elegante.

Que no exageren los optimistas, pero que retrocedan á mil leguas los pesimistas; y para terminar y alumbrar los ojos y el entendimiento de los pesimistas y detractores de España, que ya van siendo menos en el

extranjero que entre nosotros, que se fijen en la luz eléctrica que por todas partes arde, como no hay comparación en el resto de Europa; que por todas partes alumbrada, desde las más ricas y populosas capitales, hasta las más humildes aldeas. Esta transformación admirable en el alumbrado público y privado, este largo paso por el camino de la civilización, lo ha visto dar V. M. en una docena de años, desde que era niño con uso de razón, hasta el día de la fecha, como si esta transformación fuese la señal de que, al comenzar el reinado de V. M., también comenzaba una nueva era mucho más feliz para España, mucho más ilustrada, mucho más alegre que todas las anteriores.

Sería tarea interminable enumerar otros adelantos industriales y los mercantiles de toda especie en esta suerte de trabajos de la actividad humana, así como apuntar el aumento de los valores gradualmente crecientes que representan.

Desde el punto de vista de la instrucción, también han sido muy notables los progresos, y sería igualmente muy largo de contar cuánto subió el nivel intelectual de la Patria con la creación de los millares de centros de enseñanza que se levantaron en ese tiempo, y formar las listas de las muchas academias, sociedades y círculos científicos y literarios que se fundaron; de los muchos libros de mérito de todas las ramas del saber que se publicaron, y de las personas eminentes que alcanzaron fama universal en las ciencias, en las bellas artes y en las letras.

En cuanto á establecimientos benéficos de todas clases, creados de medio siglo á esta parte, sería por demás prolijo é innecesario hacer detallada relación, pues sin citar más que los asilos comprendidos en esta Corte, se cuentan más de tres docenas, algunos de grandes dimensiones, muy bien sostenidos, esmerada y limpiamente asistidos.

En medio del convencimiento general de que España avanzó mucho en poco tiempo, se da el raro contraste de que hoy se siente un malestar en muchas clases sociales más profundo y persistente que el que se sintió en otros tiempos de guerras, revoluciones, persecuciones y gobiernos despóticos. Arranca ese malestar de que la vida se hizo más penosa y difícil para los obreros y familias poco acomodadas de la clase media, es decir, para más del 70 por 100 de la población total. A medida que se iban extendiendo las redes de ferrocarriles y que se desarrollaban el comercio, la industria, las artes y la navegación por el vapor, y que los frutos agrícolas se exportaban en progresión creciente, de año en año, los artículos generales de consumo de producción nacional subían de precio hasta doblar y hasta triplicar los valores que tenían antigua-

mente. Hace bastantes años cayó sobre España la calamidad de la depreciación de la moneda y con ella la elevación de los precios de todos los objetos importados, con lo cual ofrecemos á los ojos de todo el mundo este deplorable contraste. La nación más pobre de Europa, que es España, es precisamente donde la vida se ha hecho más penosa, donde todo cuesta más caro y donde los medios de producción y de trabajo son más difíciles.

La carestía de la vida ha coincidido con los desaciertos, la falta de energía y las disensiones intestinas de los gobernantes; y todo unido, ha motivado que nos envuelva una densa niebla de negro pesimismo que infunde tristeza y cuaja de temores á muchos compatriotas. ¿Por qué tales tristezas; de qué tales temores? Investigar las causas de este pesimismo, criticarlas é indicar los medios de combatirlas, es el objeto final de estas CARTAS.

Entre estas causas figura en primer lugar el desencanto de los bobos, que conservaban, á millares, la tradicional ilusión de que España estaba situada precisamente en el centro del Universo hasta que se perdieron las últimas colonias, y desde el momento del desastre consideraron á España como arrojada al último rincón del mundo. Rincón del mundo es, pero no de los peores ni peor situados. Más rincones de mundo son la península escandinava, el tercio septentrional de Asia, los dos extremos del continente americano, el centro del africano, el Japón mismo, que acaba de dejar sorprendidos y llenos de admiración hacia él á todos los habitantes de la tierra.

Otra causa de sobresaltos y miedos pueriles es la cuestión social, en la que se incluye la llamada cuestión obrera, con sus sombras del anarquismo; pero esta cuestión ha sido un problema de todos los siglos, desde el principio del mundo, y que probablemente subsistirá mientras haya habitantes racionales en el globo en que moramos. Es una cuestión de índole general, exacerbada con el carácter de una enfermedad aguda en estos últimos tiempos, pero cuyos distintos problemas se irán resolviendo y complicando, embrollando y resolviendo, unos por su propio peso, otros con acertadas medidas, que se discurrirán y aplicarán en otras naciones, y después se copiarán en la nuestra. Y quién sabe, quién sabe si andando los siglos nacerá algún español con planes tan acertados que merezcan en esta materia un privilegio de invención por todas las naciones de los tiempos venideros.

Pero la causa principal del pesimismo español de nuestros días radica en la deplorable situación en que se hallan los partidos políticos, ó di-

cho de otro modo, en los desaciertos y torpezas de los gobernantes de ahora. En lenguaje más *correcto* (léase falso) se diría: *en la mala suerte y los obstáculos insuperables de las clases directoras.*

Ya han pasado seis años y medio desde el 10 de Diciembre de 1898, día de triste memoria, en que se firmó en París el tratado de paz con los Estados Unidos, declarándose la definitiva y harto merecida pérdida de los restos del imperio colonial, de aquel imperio en el cual nunca se ponía el sol, y en el que siempre faltaba—se podía agregar—el sentido común. Desde esa fecha hasta hoy ya han pasado días; ya se han sucedido unos tras otros demasiados ministerios; á todos los gobernantes se habrán hecho un soplo esos siete años; á la masa general del país un siglo interminable, llegando muchos á sospechar que coincidiendo los días nefastos de la pérdida de esos restos con el triste también en que Cánovas pasó á mejor vida, seguidos al poco tiempo del fallecimiento de Sagasta, con la falta de estos dos hombres ilustres habían concluído también la virilidad de los gobernantes y la energía del país.

Con el fallecimiento de Cánovas se desbarató el partido conservador, y desbaratado sigue; con el fallecimiento de Sagasta se desbarató el partido liberal, y todavía no presenta la cohesión y la firmeza que es urgente que tenga. Mal estamos todos con que tales cosas sucedan. Mal estamos todos con que se sobreponga el soberbio espíritu de rebeldía al juicioso espíritu de la propia conservación. Tiempo hubo de sobra, en estos siete años últimos, de haber hecho más en bien del país y por la mayor firmeza del Trono y el sosiego de V. M.

El partido conservador es el principalmente culpable de la atonía, del desencanto, del pesimismo grande que hoy envuelve la nación; el partido conservador, que parece obscurecido y cegado en las tinieblas detrás de la sombra de Cánovas. ¿Puede disculparse ese desbaratado partido con decir que las circunstancias del país le han sido desfavorables?

Vino al poder á raíz de la declaración de la mayor edad de V. M., y V. M. le otorgó su omnímoda confianza: jamás la nación se halló más tranquila; jamás menos expuesta á complicaciones exteriores, pues la compasión á esta desgraciada patria, por las espantosas é increíbles pérdidas territoriales, se hizo general en todo el mundo, y hasta los más furibundos enemigos de la que fué su metrópoli cambiaron por acentos de simpatía los enconados rencores de sus gritos de independencia. Jamás se vió más sediento de regeneración y más afanoso de enmienda al pueblo español; jamás se vieron más vehementes deseos ni mayor

actividad para mejorar las condiciones del trabajo nacional y para desarrollar en grande escala todos los recursos y elementos de producción; jamás se ha visto más sumisos á los enemigos de las instituciones monárquicas. Y con tan favorables circunstancias el partido conservador, el más obligado por sus tradiciones y por su programa á ser el principal apoyo del Trono, ha hecho muy poco de bueno y mucho de malo.

Ninguno de los graves y transcendentales problemas que encontró á su advenimiento al poder han sido resueltos por el partido conservador. ¡Ni uno solo! Ni uno solo, conducente á la tan suspirada y cacareada regeneración del país. Ni el problema de la reorganización de servicios, ni el de la administración local, ni el de la reconstitución de la armada, ni el de los cambios, ni el de la reorganización del ejército, ni el de las reformas agrícolas, ni el de la reforma arancelaria, ni el de las alianzas con otras naciones, ni el de la enseñanza, ni los de las crisis obreras, ni el de los ferrocarriles secundarios, ni el de las reformas urbanas. ¡Ninguno, absolutamente ninguno!

¿Y qué problemas iba á resolver, encendidos como se hallan sus principales caciques en sus pueriles discordias y rebeldías? Les parecía más interesante y útil gastar sus agudezas de ingenio y sus energías en despedazarse unos á otros, demostrándonos cada personaje importante del partido que los otros personajes, ansiosos de ejercer su predominio, eran unas soberbias nulidades; en enseñar sus propias desnudeces y miserias; en probar que su dignidad era arrogancia, que su ciencia era pedantería, que su arte era torpeza, que su previsión era codicia, que su patriotismo era vanidad, que su lealtad era adulación. La última caída del partido conservador ha sido horrible, comparable á la caída por el suelo de una persona que se produce lesiones graves, mortal ó de muy larga curación. El partido conservador no ha sido un desleal ni un infame; pero ha sido un torpe, como esos viejos caducos y suicidas, cegados y alelados por su concupiscencia, que quieren exhalar su último suspiro entre los brazos robustos de una hermosa doncella. Y nada hay más ridículo ni más deplorable que un hombre que hace alardes de virilidad y pone de manifiesto su impotencia. Cosa parecida acaba de pasar con el partido conservador. Durante su mando acrecentó, en vez de disminuir, el pesimismo nacional, y con el pesimismo no podemos ir á parte alguna.

Por ese incurable defecto de la raza latina de pasar bruscamente de una exageración á la opuesta, por esa facilidad tan grande que tenemos de caer en una postración de moribundo después de los arrebatos de

los más alocados entusiasmos, se comprenden las exageraciones del pesimismo de ogaño. Pues cuando años atrás la Nación se desangraba con toda clase de guerras y turbulencias, y el país no tenía ni la mitad de los recursos y de las fuerzas materiales de que hoy dispone; cuando la amenazaban seguros peligros de intervención extranjera y hasta de afrentosas desmembraciones en la Península, eran muy optimistas los que sólo divisan hoy negros horizontes. Mal estamos. Peor de lo que muchos se figuran; pero no es prudente ni piadoso descorazonar á la juventud quitándola ilusiones, que tanto monta como aniquilar su alma y lanzarla al limbo de la indolencia y del desencanto. Bríos hacen falta, espíritu animoso, trabajo continuo, sin desaliento, para sostener la vida de la Patria y darla vigor como nación independiente; y justo es que todos trabajemos por ella y para ella, pues en ella nacimos y de ella nos sustentamos.

A todo trance, en medio de todo y á pesar de todo, es preciso, es urgente, combatir sin descanso al pesimismo, hasta exterminarlo; es menester levantar las virtudes cívicas, que se hallan sobrado decaídas; hay que imprimir actividad y movimiento á este cuerpo narcotizado y entumecido. ¡Que todo el mundo ayude á la faena! Mozos y viejos, campesinos y ciudadanos, altos y bajos, grandes y pequeños. Yo, pobre de mí, que soy anciano, aún tengo fuerzas, aún tengo aliento en mis pulmones para gritar á la juventud que se levante, que se mueva, que ande, que sacuda su pereza; para ella son los intereses, los honores, la gloria que los hombres de otro tiempo aquí dejamos. Que la juventud se llene de vigor y de esperanza, y que todos, todos, dentro de su esfera, cumpliendo el deber que les impuso al nacer la Providencia, trabajen con fe en torno de V. M., cuya vida guarde Dios muchos años.

Madrid 16 de Julio de 1905.

SEÑOR:

Á L. R. P. DE V. M.





## CARTA TERCERA

### LA ESPAÑA ACTUAL COMPARADA CON LAS DEMÁS NACIONES

SEÑOR:

Desde aquellos tiempos en que se tardaba una semana para ir desde Madrid á la frontera de Francia y en que no llegarían á tres docenas las máquinas de vapor que había en Inglaterra, hasta nuestros días, el mundo ha dado muchas vueltas. ¡Qué siglo tan azaroso y desgraciado para España, y al propio tiempo qué memorable, qué fecundo, qué brillante para toda la humanidad ha sido el siglo XIX!

Hasta este siglo permitió Dios que hubiese esclavitud entre los hombres, y hoy ya no existe la esclavitud; hasta este siglo permitió Nuestro Señor que reinase el absolutismo en las naciones civilizadas, y hoy no se admite entre las naciones civilizadas á los pueblos que, por misterios velados de la voluntad divina, están sujetos al despotismo; hasta este siglo permitió el Todopoderoso que las grandiosas leyes de la creación y los conocimientos humanos quedasen envueltos entre oscuras neblinas y explicados con embrollado lenguaje; pero á partir de él, como si el Supremo Hacedor hubiese repetido con un soplo sobrenatural el *Fiat lux* de otro tiempo, se desarrollaron maravillosamente las ramas todas del frondoso árbol de la ciencia, y empezó éste á dar frutos cada vez más sabrosos, indicando que la humanidad, pasada su infancia y su juventud, había llegado á la edad de la madurez. Las mariposas rompieron sus capullos para salir de su encierro; los capullos de las flores se abrieron para dar paso á las corolas con sus vistosos reflejos y con sus perfumes, y estos perfumes embalsamaron la tierra, y la tierra se abrió más honda para mayor lozanía de las plantas, y más honda para extraer las riquezas de sus entrañas, y más honda para traspasar las sierras y cordilleras, y que se tendieran esas cintas de acero que enlazasen con vínculos insolubles á todos los miembros dispersos de la gran familia humana, preparando una nueva era de libertad, igualdad y fraternidad, tres sublimes palabras que leyeron los crueles verdugos

de la Revolución francesa, precisamente en el humo de la sangre de sus infelices víctimas.

Esas cintas de acero se fueron alargando en progresión rápidamente creciente. Desde unos pocos millares de quilómetros llegaron á cien mil, desde cien mil á medio millón y desde medio millón hasta pasar hoy de un millón, si se suman á las redes de servicio general las de servicio urbano y las de millares y millares de fábricas, almacenes, muelles y talleres. Y con esas cintas de acero que no cesan en su desarrollo y que pronto llegarán en su longitud á dos millones de quilómetros, á tres, á cuatro, á un número colosal é incalculable, los hombres se avivaron por todas partes y multiplicaron sus energías: rincones desiertos y abandonados de toda la vida se hicieron centros de importante producción; bosques, minas, campos que eran improductivos rindieron cuantiosas riquezas; poblaciones que seguían adormecidas desde muchos años despertaron y acudieron con rapidez á la actividad moderna; se multiplicaron los descubrimientos, se multiplicaron las invenciones, se multiplicó el bienestar de las gentes, se multiplicaron todos los signos de civilización y de progreso. Parecía que este siglo, mejor que el xvi, marcaba la separación entre lo antiguo y lo moderno, como si á partir de él se reunieran, se ordenaran y se enfilaran por más seguros y brillantes derroteros y con velocidad sin cesar creciente todas las manifestaciones de la vida intelectual y material de todas las naciones. El alma humana había recibido con él el temple del acero.

Hasta el siglo xix cualquiera nación podía extremar su independencia y aislarse por completo del resto del universo; desde este siglo todos los Estados se hallan íntimamente ligados entre sí por mancomunidad de intereses, por solidaridad de sus fuerzas, por uniformidad en sus procedimientos. Hasta el siglo xix las naciones no tenían conciencia del valor de sus recursos, del papel que les correspondía hacer en el mundo, del alcance de sus empresas pacíficas y guerreras que acometían á ciegas, con sentimiento romántico y á la buena de Dios; y desde este siglo todas las naciones tienen absoluta necesidad de mirar á dónde van, de calcular bien hasta dónde pueden llegar y todo lo que les puede ocurrir y de contar con cuidado el dinero que tienen en sus bolsillos; pues la que así no lo haga recibe inmediatamente su castigo, como nos pasó hace poco en Cuba y Filipinas y como acaba de pasar en Corea á la pobre Rusia.

Es, por lo tanto, indispensable, no sólo que cada nación lleve escru-

pulosa cuenta de lo suyo, sino que mire bien lo que tienen sus vecinas.

En España se van haciendo estadísticas bastante aceptables, que ojeamos muy reducido número de compatriotas, pues los libros cuajados de números se hacen aborrecibles á la generalidad. Todavía se sabe menos de lo que hay en el extranjero en materia de estadísticas, respecto de las cuales es casi absoluta la ignorancia de nuestros hombres públicos, que deben disponerse á charlar menos y á estudiar bastante más, siquiera porque no digan los extranjeros que en España no se encuentran estadistas; y, en cambio, abundan los gobernantes, aficionados á perder el tiempo en elaborar leyes ridículas que nadie ha de respetar, envueltas en un fárrago insufrible de interminables discursos.

Considerada aisladamente, se observa, como digo, que la situación actual de España ha mejorado mucho en medio siglo, si bien no es brillante por concepto alguno, porque de su comparación con la de las otras naciones de Europa se sacan consecuencias bastante dolorosas.

Sin necesidad de revolver estadísticas ni de hacer estudios comparativos, cualquier español que atraviese la frontera francesa, para visitar las demás naciones extranjeras, por todas partes ve señales de nuestra reconocida inferioridad. A partir de Hendaya ó de Cerbère nota un aspecto de civilización y de progreso muy superior á lo que está acostumbrado á observar entre nosotros. Mayores facilidades para viajar, para facturar y recibir mercancías; empleados, por lo común más corteses; trenes y carruajes más cómodos, mayores facilidades para alojarse en más confortables y limpias estancias, mejores servicios de cama y mesa, con mayor finura y más delicadeza atendidos y á precios relativamente más económicos.

Recorre el campo y observa mayor número de vías de comunicación y mucho mejor conservadas que las nuestras, más curiosidad y cuidado en las cercas divisorias, de huertas, jardines y tierras de cultivo, en los bosques, en las explotaciones agrícolas y pecuarias, con una difusión sorprendente de maquinaria, aparatos y herramientas perfeccionados de que en España hay muy pocos ejemplos y modelos.

Ve las aldeas y lugares con el aspecto de villas y ciudades á la moderna, pero ninguna que parezca desordenados grupos de peñascos desprendidos de los montes vecinos; penetra en las ciudades, y en todas observa más limpieza en los edificios y en las calles que en las nuestras, menos gritería y escándalos, más respeto á las leyes, ordenanzas y reglamentos, gente mejor vestida, la ausencia completa de esos cordones de mendigos que por todos lados asedian á los transeuntes; y cuando

examina las afueras de las poblaciones, no halla por parte alguna esos aduares árabes entre montones de basura, como los que rodean á esta coronada villa cual una aureola de podredumbre y de miseria.

En ninguna nación europea verá casas consistoriales de tan mezquina y vetusta catadura como nuestra Casa de la Villa, ni oficinas militares como las del cuartel de San Francisco, ni ministerios tan pobretones y destartados en su interior como los de Gobernación, Hacienda, Marina, Estado y Gracia y Justicia de aquí; ni iglesias tan parecidas por afuera á pajares de paradores, cárceles de partido ó ventas de mal abrigo, como la mayor parte de las vetustas y antiartísticas del centro de Madrid, ni jardines y paseos públicos con tantos destrozos en su arbolado, en sus adornos y bancos como en España.

Y si por necesidad penetra en lo interior de las oficinas públicas, no verá en el extranjero esa lentitud, ese abandono en los despachos de los asuntos, que aquí son generales; ese despego, esa altanería para servir al público, que aquí son tan comunes; esa falta de puntualidad y de seriedad en los negocios, que aquí son moneda corriente.

El español que vuelva del extranjero reconocerá nuestro atraso y nuestra pobreza en todo; el español que se vaya al otro mundo sin haber salido de España, podrá entrar en el Cielo diciendo que ha vivido en Belén.

Si para enterarse mejor de la situación de España, con relación á las demás naciones civilizadas, se entretiene en revolver datos estadísticos, observará que entre éstos no hay otros que indiquen mejor la importancia y fuerza relativas de los países como los correspondientes á los valores del tráfico internacional. Estos valores no son en absoluto proporcionales á sus riquezas respectivas y recursos naturales; pero sí están en relación directa con sus diferentes grados de civilización y de trabajo, á la par que con su mayor ó menor perfección de sus leyes, de sus costumbres y de su administración pública. Desde este punto de vista la situación actual de España es bastante triste, por no decir afrentosa, según puede verse en el adjunto estado, en el cual señalo, en la segunda columna, los millones de pesetas á que ascienden los valores respectivos del comercio internacional, y en la tercera las pesetas que de este último corresponden por habitante.

Holanda.....	8.458	1.538
Inglaterra.....	36.980	860
Bélgica.....	5.422	810
Francia.....	20.710	664
Suiza.....	2.169	657
Dinamarca.....	1.528	611
Noruega.....	1.076	468
Suecia.....	1.995	384
Alemania.....	12.468	347
Rusia.....	18.980	182
Austria Hungría.....	6.010	130
Rumanía.....	782	130
Italia.....	4.224	128
Grecia.....	276	110
ESPAÑA.....	1.921	107
Turquía.....	1.440	60

En rigor, tocante á la importancia relativa del comercio internacional de las naciones europeas, no se halla España á la cola entre Grecia y Turquía, sino que es verdaderamente la última, pues para Turquía he tomado en cuenta, además de los 6 millones de habitantes de su parte de Europa, los 18 millones restantes de las provincias y territorios asiáticos y africanos (Asia Menor, Arabia, Trípoli, etc.), de mucho menor tráfico.

¿Qué se deduce de ese cuadro? Que el trabajo por habitante en España pesa en la balanza internacional poco más de la mitad que el de otro de Austria y de Rusia, la cuarta parte que el de Alemania y Suecia, la quinta que el de Noruega, la sexta que los de Suiza, Francia y Dinamarca, la octava que los de Bélgica é Inglaterra.

Todavía sigue análogamente desfavorable nuestra situación é importancia en el mundo, si se compara nuestro comercio internacional con el correspondiente á las otras naciones civilizadas de los otros continentes, como se repara fijándose en el siguiente cuadro:

Australia.....	2.580	645
Chile.....	1.680	560
Canadá.....	2.906	451
Argentina.....	1.755	351
Natal.....	220	220

Estados Unidos.....	15.270	210
Egipto.....	1.750	175
Brasil.....	2.450	164
Argelia.....	710	142
Méjico.....	1.880	130
Bolivia.....	215	108
ESPAÑA.....	1.921	107
Túnez.....	195	98

Tristes son las consecuencias que se deducen si se reflexiona en lo que esos estados significan; y no menos tristes serían las que indicasen otros parecidos referentes á los diversos elementos sociales de las naciones, y que trasladaré en otras cartas para no hacer demasiado penosa la lectura de la presente. Por tristes que sean las consecuencias, todavía es más triste que pueda haber países que piensen de nosotros de este modo: hay pueblos más desgraciados que los sometidos á la barbarie y son los que, por los bosques y los desiertos, se agitan al estado salvaje; y hay otros pueblos más desgraciados que los salvajes y son los que yacen moribundos en perpetua decadencia, sin alma que los redima.

A primera vista, parece que hay contradicción entre lo que digo en esta carta y la anterior; pero es más aparente que efectiva. De lo manifestado en la primera se deduce que, aisladamente considerada, España está incomparablemente mejor hoy día que hace medio siglo. De lo expresado en esta tercera se saca en consecuencia nuestra inferioridad respecto al resto de Europa. Esto no debe acobardar, sino servir de aviso; y con la firme esperanza de salir victoriosos, hagamos todos unidos un esfuerzo á fin de elevar el nivel de nuestro estado social, disipando al propio tiempo las nubes del pesimismo en pro de la mayor ventura de la Patria y para aumentar la felicidad de V. M.

Cestona 25 de Julio de 1905.

SEÑOR:

Á L. R. P. DE V. M.

## CARTA CUARTA

### LA TORPEZA ESPAÑOLA AL TRAVÉS DE LOS SIGLOS

SEÑOR:

La torpeza española tiene mucho que contar, y me perdonará V. M. que salga demasiado larga esta carta.

Ello es, en definitiva, que si bien fueron patentes y grandes los adelantos de España en el transcurso de medio siglo; si, por diversos conceptos, vivimos hoy mucho mejor que en el reinado de Doña Isabel II, lo sabe todo el mundo, y es inútil ocultarlo, que nos hallamos muy atrasados en todo, comparándonos con las demás naciones civilizadas. La principal culpa de este atraso más consistió en las torpezas y locuras de nuestros antepasados que en sus desgracias. Los desgraciados somos nosotros, que hemos de sufrir las consecuencias de las torpezas, apenas interrumpidas, de más de veinte siglos; y basta recordar los sucesos más culminantes de la historia patria para reconocer que así es.

Algunos estimables compatriotas, más celosos de la dignidad nacional que de la justicia, afirmarán que todos los pueblos, hasta los más poderosos é ilustrados, cometieron y cometen en todo tiempo grandes torpezas. Es indudable; pero nunca ni en parte alguna fueron tan graves y perdurables como en España, ni tan sostenidas siglos y siglos. Y si no, quien gaste paciencia abra las historias, lea despacio, compruebe hechos culminantes, compare reinados con reinados, coteje los desastres de unos y otros en los mismos años ó en los mismos siglos, en los mismos tiempos de guerra ó en los mismos tiempos de paz. ¿Dónde se han sufrido tantas invasiones y tan largas de gentes extrañas, desde las épocas más remotas? ¿Dónde ocurrieron pérdidas de territorio tan enormes en las modernas? ¿Dónde duró siete siglos, nada menos, un período de reconquista como el nuestro, muy famoso, dramático, sangriento y perilustre, desde Pelayo hasta los Reyes Católicos? ¿Dónde se derramó tanta sangre en los campos de batalla? ¿Para qué nación del mundo fueron tan desastrosos y fatales los siglos xvii y xix?

Y si los honestos compatriotas, más celosos de la dignidad nacional que de la justicia, me replican que lo que yo tomo por torpezas han sido desgracias, yo les sostendré que miren bien no confundan una cosa con otra, pues es confusión muy frecuente en los humanos, y yo mismo lo he podido notar en mí, aunque tarde y sin remedio; y ahora que voy perdiendo la vista, es cuando empiezo á verlo claro.

Tengan todos por seguro que no á las desgracias, que con ser muchas y grandes fueron sus naturales consecuencias, sino á sus incesantes torpezas, debe España la deplorable situación en que hoy se encuentra, ni tan mala como en otros tiempos, ni tan buena como es urgente que sea.

Torpeza mía sería rebuscar pacientemente por dónde andaba y cómo era aquélla de los tiempos primitivos, pues que entonces se confundía con la barbarie en todos los pueblos indefinidos y dispersos de Europa. Más que torpes y bárbaros, debieron ser débiles é ignorantes aquellos moradores de España que con tanta facilidad y frecuencia se dejaron dominar por los fenicios, por los cartagineses y por los romanos.

No sé, ni quiero saber, si fué de Roma ó si fué de Cartago de donde trajeron un pendón con el expreso encargo de que en todos los sucesos más famosos lo empuñase el más soberbio tonto que hubiera en España, razón por la cual lo llamo yo el *pendón de la torpeza española á través de los siglos*; pendón que dura y durará hasta que cambie, que sí cambiará, el aspecto general de la tierra, con otra repartición de los mares, islas y continentes. ¡Oh pequeñez humana, cuando pienso en este futuro, aunque muy lejano, acontecimiento geológico, y veo el pueril afán que todos tenemos de hacernos inmortales!

Después de varias vueltas, ese chirimbolo fué á parar á Sagunto; y cuando los habitantes de esta ciudad se decidieron á incendiarla y perecer entre sus llamas, heroica y tontamente, por defender á los romanos, encargaron al más bobo, que entre ellos vivía, que lo llevase á Numancia, otra ciudad que, por no ser menos, también decidió su destrucción de idéntica manera, muriendo heroica y tontamente en sentido contrario, por defenderse contra los mismos romanos, y cayendo entre sus ruínas el pendón famoso.

Como es sabido, con la caída del imperio romano coincidió la invasión de los bárbaros del Norte, hombres más cerriles que tontos, que no vinieron precisamente á España para escarbar sus ruínas en busca del consabido pendón; pero no faltó entre ellos quien lo topase sin querer, y pasó de unas manos á otras, teniéndolo, entre otros, el cruel



Amalarico, el desgraciado Teudis, el infame Teudiselo, en el siglo vi; Witerico, Tulga, Witiza y varios magnates visigodos, en el vii.

Cogió, por fin, el pendón el alelado rey D. Rodrigo, y mientras estaba sitiando á Pamplona, se nos metieron por casa los bárbaros del Sur, que con cuatro reveses y cuatro palotadas se apoderaron de la Península en menos de tres años.

Larga, muy larga, tendría que ser esta carta si hubiese de referir, con todas sus peripecias, por dónde fué y por dónde llevaban, unas veces los moros, otras los cristianos, el pendón insigne. Me limito á decir que, dividida la España cristiana en varios reinos, Castilla y Aragón los principales, á éste guiaron mejores reyes que á aquélla, y por Castilla hay que seguir la pista del chirimbolo en cuestión, en aquellos siete siglos mortales de la época de la reconquista, que mucho más breve hubiera sido sin el espíritu constante de rebelión y desorden que entonces dominaba, sin las traiciones que unas tras otras se sucedían, sin las continuas y fuertes rivalidades é intrigas que á unos reyezuelos azuzaban contra los otros, sin las ambiciones y genio perverso y dominante de los magnates, y la preponderancia é intervención, casi siempre desacertada y codiciosa, del clero en los asuntos políticos.

Varios fueron los reyes castellanos, los cuales, de igual modo que si se tratase de una finca rústica de la que toda su familia había de comer, con el palo del pendón de la torpeza hicieron añicos, en estaditos pequeños, para repartirlos entre sus hijitos é hijitas, todos aquellos trozos de la Península que sus antepasados, con muchos afanes y fatigas, habían conseguido agrandar. Así procedieron tontamente Alfonso III en 909, Fernando I en 1065 y Alfonso VII en 1157.

No obstante, grandes reyes hubo en Castilla en los tiempos de la reconquista; pero en mayor número fueron los que sólo dejaron de ser torpes para ser malvados, ó los que, sin ser malvados, no salieron de sus torpezas, desde el que fué devorado por un oso en las montañas de Asturias hasta el marido de la madre de la Beltraneja.

Aparte de varios hechos de armas memorables y de algunas leyes sabiamente dictadas, una cadena de males y desventuras, apenas interrumpidos, es la historia de Castilla en la Edad Media. Asesinó á su hermano el rey Fruela, que terminó de mala muerte; y se antepusieron á su hijo Alfonso otros cuatro monarcas de escasa y no muy loable nombradía. Alfonso II fué buen rey; todavía más bondadoso Alfonso III, si bien cometió la torpeza de dividir su reino, que no tardó en volver á ser reunido, por la desgraciada suerte de casi todos sus

hijos, pues García murió joven; á Ordoño II, el derrotado en Junquera y que traidora y alevosamente asesinó á los condes de Castilla, no sucedieron sus hijos, sino su hermano Fruela II, llamado el Cruel, quien dejó por deplorable herencia cuatro guerras fratricidas hasta Ramiro III, niño mal criado, educado entre mujeres, altanero y de ociosas y disipadas costumbres. Verdad es que por aquellos tiempos todas las gentes vivían muy relajadas, hasta los eclesiásticos, dados en cuerpo y alma, con el mayor desenfreno, á los demonios y á las brujas.

En malas manos cayó el pendón de la torpeza al agarrarlo Bermudo el Gotoso, á quien los moros acorralaron hasta Oviedo, falleciendo después, de mal modo, su hijo Alfonso V y su nieto Bermudo III. El sucesor de éste, Fernando I, repitió la tontería de subdividir su reino entre sus hijitos é hijitas; pero su primogénito Sancho, con más ambición y bravura que amor fraternal, destronó á los hermanos y murió alevosamente delante de los muros de Zamora, sucediéndole el que lo fué de León, Alfonso VI, de singular poderío y resistencia en paz y en guerra. A él siguió su hija la famosa Doña Urraca, que tanto dió que hablar y que decir con sus correrías y liviandades.

Marchando por los mismos caminos de perdición que los príncipes cristianos, también los árabes españoles se destrozaron con guerras intestinas en tiempos de Alfonso VII, que acabó su glorioso reinado repitiendo la torpeza de dividir la monarquía en dos porciones. Dos años después comenzó con una borrascosa minoría el de su nieto Alfonso VIII, rey de Castilla, que fué espantosamente derrotado en Alarcos, se empeñó en guerras con el de León, y al fin salió heroicamente vencedor en la célebre batalla de las Navas de Tolosa, ayudado por los de Aragón y Navarra.

Mucho mejoró la suerte de Castilla en la primera mitad del siglo XIII, principalmente en el reinado de Fernando III, por varios conceptos glorioso, como es bien conocido; pero su hijo y sucesor Alfonso X, con toda su sabiduría y toda su ciencia y toda su poesía, paseó solemnemente por dentro y fuera de España el pendón de la torpeza, con el cual acabó su desgraciado y turbulento reinado de más de treinta años en la ciudad de Sevilla.

Revueltos y llenos de traiciones y rebeldías fueron los tres reinados que siguieron hasta que ocupó el trono el valeroso y genial Pedro I, monarca muy notable, que trabajó mucho en poner á raya las demasías y soberbia de la nobleza y del clero. Bien quisto fué de la plebe y mucho bien hizo al pueblo; pero entre las locuras que cometió no fué

floja la de coger el pendón de la torpeza española para dar un paseíto por los llanos de Montiel. Mala compañía eligió, y así salió ello; pues los dos rodaron por el suelo delante del infame Duguesclin, quien dejó por ser más propio, que Trastamara cargase con el trasto.

Los cinco reinados que mediaron entre Pedro I é Isabel la Católica no fueron menos turbulentos y desdichados que casi todos los de Castilla de la época de la reconquista. Juan I fué vergonzosamente derrotado por los portugueses en Aljubarrota; Enrique III nació endeble, vivió achacoso y murió ruín y enfermizo á los veintisiete años de edad; Juan II reinó en la anarquía, las intrigas y los alborotos, dominado por D. Álvaro de Luna, á quien villana y traidoramente sacrificó, y todavía empeoró la situación de Castilla con el desdichado y voluble Enrique IV, que fué incapaz é impotente en todo y para todo.

Quiso, por fin, la Providencia tender sus ojos de piedad á esta infeliz España y que fuese verdaderamente glorioso para ella el final del siglo xv y los comienzos del xvi, por más que el pendón de la torpeza permaneciese entre nosotros de un modo perdurable.

Excelso, magnífico y para siempre memorable fué el reinado de los Reyes Católicos; pero siniestra sombra sobre él proyecta el triste recuerdo de la Inquisición que en mal hora admitieron en sus Estados el año 1480. Lástima grande que esa mancha cayera sobre su glorioso reinado, cien veces glorioso para España, porque en él se realizó la unidad nacional y adquirió la patria un predominio secular sobre el resto de Europa; mil veces glorioso para la humanidad, porque en él se descubrió el Nuevo Mundo. La fama venerable de esos excelsos monarcas induce á rebuscar disculpas al establecimiento, por su mandato, de tan terrible y abominable Tribunal. Digamos que la poca ilustración de aquella época no permitía adivinar sus fatales consecuencias; digamos que tan esclarecidos monarcas, llenos de unción evangélica, tal error cometieron por someterse en su conciencia á los que creían sabios consejos de Roma; digamos que no pudieron suponer los estragos, las víctimas, los duelos que tan maldita institución causaría en reinados sucesivos.

El caso es que el Tribunal comenzó á funcionar, y cuantas veces se levantaba su estandarte, otras tantas se proyectaba en la sombra, junto á él, el pendón de la torpeza española.

¡Qué obcecación! ¡Qué error tan deplorable! Hoy, que vivimos en mejores tiempos, se nos hace inconcebible tal instrumento de gobierno, tal procedimiento de sostener las creencias, maneras tales de someter á

un pueblo ignorante y digno de compasión. ¡Qué poca confianza, qué poca firmeza en la virtud y en la fuerza de las creencias religiosas, que por verdaderas, fuertes y virtuosas habían de prevalecer! El baluarte más robusto de los déspotas fué en España el Santo Oficio durante más de dos siglos, tiempo asaz sobrado para infiltrar en el corazón del ignorante y mal dirigido vulgo que la Inquisición era la fortaleza y la tutela de la religión; que el puro Catolicismo había de enlazarse íntimamente con el absolutismo, y que las ideas liberales van unidas á la impiedad. Todavía se cogen los amargos frutos de tales desvaríos.

Un fraile fanático de apellido profético, el famoso Torquemada, fué el primer inquisidor general, y como natural consecuencia de tan disparatado Tribunal, ocurrió la expulsión de los judíos, precisamente los hombres más avisados y aptos para el comercio y los de mayores riquezas acumuladas que en la nación había. Con tan bárbaro atropello perdió España cerca de un millón de habitantes, muchos millones de ducados, magníficas joyas artísticas y todo el genio mercantil, que fué á posarse á naciones extranjeras, las cuales hoy figuran á la cabeza, mas no á la cola como España, del tráfico internacional.

Isabel la Católica fué una reina magnífica; pero su marido, hombre solapado y rastroso, enturbió la grandeza de tan venturoso reinado con repetidas villanías, siendo ingrato é infame con Cristóbal Colón y el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, los dos hombres que mayor brillo y esplendor le rindieron.

¿Dónde estaba el pendón de la torpeza en el glorioso siglo xvi?—preguntarán los entusiastas de las grandes victorias de las armas españolas y de los hechos heroicos. Pues precisamente en ese siglo no hubo un solo pendón, que hubo dos: uno, el primitivo, que lo necesitaba España, la cual se había hinchado mucho en Europa, para que lo tuviesen á mano los reyes absolutos; y otro, fabricado de encargo para el Nuevo Mundo con igual figura y del mismo peso, y que lo llevó Colón á las Antillas en su segundo viaje.

Los dos hacían falta y de los dos hablaría por igual; pero del segundo ya no es preciso, ni cumple á mi objeto. Sólo he de decir de él que, con fraternales mandobles y testarazos, se lo quitaban de las manos aquellas cuadrillas de aventureros que ganaban territorios y glorias á España á cambio de toda clase de infamias. No hay hombre honrado en el mundo capaz de leer sin indignación toda la historia de la conquista de América por los españoles. Aquellos innobles pelotones de malvados que arrojó España de sí, como los mares embravecidos arro-

jan de su seno todas las inmundicias para arrastrarlas á las costas con sus espumas, cometían en las dos Américas todos los crímenes más horribles de que los hombres más perversos hayan sido capaces desde que el mundo es mundo. Ignorantes de lo que la palabra colonizar quiere decir, ignorantes de lo que la palabra civilizar significa, ignorantes de toda ley divina y humana, entendían que conquistar es arrasarlo todo, y sin piedad ni sombra de conciencia arrebatában el oro que descubrían en los templos y en los palacios de los incas; asesinaban, cuando se les antojaba, á pobres indios indefensos; atropellaban con indecentes ultrajes, á veces ahorcándolas, á las infelices indias; incendiaban y talaban cuanto se les ponía por delante; destruían por el placer de hacer daño; y cuando se hartaban de destrozar lo que podían, se acuchillaban, traidores, unos á los otros, con su espíritu rebelde, inquieto y sanguinario. ¿Qué pensarían los desdichados indígenas, qué pensarían de aquellas turbas desenfrenadas, de aquella mezcla de frailes y guerreros, de aquellos misioneros que les daban á besar el crucifijo, juntos con aquella soldadesca que los degollaba? Pensarían que la nación que les mandaba engendros tales tendría que sufrir un castigo proporcionado á sus infamias, hundida en el siglo xvii en la más afrentosa decadencia y perdiendo en el xix todas sus colonias, quedando aturdida, sin fuerzas y sin facultades para repetir en otro continente sus torpezas y sus insolentes rapiñas. ¡Justo castigo, como así ha sucedido, á tamaña perversidad!

El hijo y el nieto de Doña Juana la Loca, que fueron dos soberbios desequilibrados, el uno un bravío y atolondrado aventurero, el otro un solapado y tétrico leguleyo, no permitieron despóticamente que se perdiese el primitivo pendón de la torpeza nacional.

El que rodó excéntricamente por media Europa y murió excéntricamente en el monasterio de Yuste, y que siempre parecía escapado de un manicomio, cometió, entre otros, los siguientes grandes desaciertos, que prepararon para los reinados de sus sucesores la ruína de la nación. Empezó por traerse de Flandes una cuadrilla de ambiciosos y famélicos gobernantes, que sólo sirvieron para aumentar la pobreza del reino y producir universal descontento, causa de graves revueltas; pagó con la más negra y abominable ingratitud los grandes servicios que hizo á la patria el Cardenal Cisneros, el hombre más eminente en saber y virtud que tuvo España en el siglo xvi; dió el arzobispado de Toledo al inepto extranjero Guillermo de Croy, sobrino del bandido Gesvres, que nunca encontró dinero bastante á su alrededor para saciar

su avaricia; mendigó un capelo para su criado saboyano Gatinara; gravó con cargas y tributos insoportables á sus pobres vasallos, llenos de miseria, y desoyó con ignorante arrogancia las súplicas y peticiones de las ciudades, con todo lo cual provocó la guerra de los Comuneros. Noble y muy justo fué el levantamiento de Castilla; pero sus jefes unieron al suyo propio el pendón de la torpeza nacional, pues por enajenarse las simpatías de la nobleza, por falta de juicio y plan bien ordenado y por falta de decisión en momentos oportunos, triunfó sobre ellos la iniquidad y la tiranía y quedaron derrotados en Villalar.

Su apego á dominar en Alemania é Italia y sus continuas guerras con Francia, dejaron agotada la nación de hombres y dinero; su insaciable afán de aventuras causó el destrozo de la armada española en los mares de Argel; repetidas veces fué un falso y un traidor con Francisco I, con los papas, con los protestantes de Alemania y hasta con sus adorados paisanos los flamencos.

Así puso Carlos I á la nación en el deplorable estado en que la dejó. Las tandas de bandidos y cortesanos flamencos que se trajo, fijaban precio á los empleos y oficios con cínico descaro; los grandes se ensoberbecieron unos contra otros, sin que hubiese coto á sus disensiones y rebeldías; á los horrores y atropellos de la guerra de los Comuneros, se añadieron los de las Germanías de Valencia; á cambio de triunfos anteriores, en Provenza fueron vergonzosamente derrotadas por el francés las armas españolas; y en resumen, todo lo dejó bien preparado para que su hijo acabase de empujar á la nación al borde del despeñadero de su irremediable caída.

Aquella sombra negra, que se casó sin amor y sin substancia con María de Inglaterra, para abandonarla sin razón y sin talento poco tiempo después; el que levantó el monasterio del Escorial, tan grande como su soberbia, entre los peñascos de la sierra, donde no había más que pastores; aquel endeble de corazón y de cuerpo, que prefería vestirse de luto entre los inquisidores á ponerse al frente de sus ejércitos, entre sus guerreros, completó la obra de su padre yéndose al otro mundo con la firme creencia de dejar á España por siglos y siglos en el pináculo de la fortaleza y de la gloria, cuando la puso en el borde mismo del despeñadero por donde se había de hundir en los abismos.

Gozaba en ver achicharrar á los herejes en las hogueras de la Inquisición, y al propio tiempo arrebatava á los comerciantes las remesas de oro que les mandaban de América, procediendo con muy torcida conciencia; ganaron sus barcos un gran combate en Lepanto, pero los

frutos de la victoria fueron enteramente nulos; llevó su intolerancia religiosa y su cruel tiranía á los Países Bajos y á Flandes, y provocó una rebelión seguida de grandes guerras y estragos para ruína é ignominia perdurable de la nación española; á fuerza de enormes gastos y sacrificios armó, para aplastar á Inglaterra, la formidable escuadra, á la que fatuamente llamó *La Invencible*, y á los pocos días toda *La Invencible* se estrelló contra las costas británicas. No alcanzó á comprender, siendo tan supersticioso, que con tales borrascas avisaba la Providencia que Inglaterra y no España había de ser desde entonces la reina de los mares. No escarmentó con tamaño desastre el buen Felipe II, pues ocho años después equipó otra escuadra, que fué aniquilada en Cádiz por los ingleses, y al año siguiente otra tercera, que también quedó destruída por las tempestades por el mismo camino que *La Invencible*.

Malgastó tiempo y dinero inútil y neciamente en impedir que Enrique IV llegara á ser rey de Francia; atropelló los fueros de Aragón, decapitando con traición y alevosía al Justicia Lanuza, y tuvo que humillarse por fin, rendido y avergonzado, ante los Países Bajos, que sacudieron su yugo aborrecible. Hecho todo lo cual, se fué al otro mundo convencido de que jamás faltarían babiecas en España que ponderasen y alabasen su magnífico y entretenido reinado.

Los españoles de Carlos V y de Felipe II habían tenido demasiado orgullo, y providencialmente había de pagar la Nación sus excesos. El siglo XVII era el señalado para que se acentuase de modo grave la decadencia soberbiamente también preparada por esos dos monarcas. Nos habíamos encumbrado demasiado con hartas tropelías y locas ambiciones, y la caída tenía que ser tremenda. Así fué.

La torpeza española es interminable; y como el pendón pesaba mucho al apático é indolente Felipe III, se lo entregó de lleno al sandio Sandoval, reconociendo humildemente que más bien era de la madera de los frailes que de los preclaros monarcas. Con su desacertado gobierno, el deplorable ministro, lejos de remediarla, agravó espantosamente la miseria del país; acabó de desbaratar la hacienda; con la terquedad de un mulo estrelló dos escuadras contra las costas de Inglaterra; relajó las costumbres y la administración pública de un modo afrentoso, é hizo sufrir á la nación nuevos reveses y humillaciones en Flandes y los Países Bajos.

Rodando España por el despeñadero de su perdición, aumentó su ruína con la bárbara expulsión de los moriscos. precisamente los más

honrados y laboriosos vasallos, los más entendidos en la agricultura y en las artes. De seguro, cuando aquellos infelices, inicualemente despojados de sus haciendas y de su patria, cruzaron el Estrecho, pensarían entre lágrimas y sollozos que un rey como Felipe III; que tan sin piedad los maltrataba, sólo merecía mandar á una plebe embrutecida, á hidalgos repletos de aire, á una nobleza ruín é ignorante, á frailes motilonos y á cuadrillas de bandidos, que era lo único que dejaban en España alrededor del duque de Lerma y de su avariento y soberbio ayudante Rodrigo Calderón, que luego murió en la horca.

De carácter más alegre y divertido que su padre fué el gran Felipe IV. que á buena hora vino á reinar, para arreglarlo todo, cerca de medio siglo. A fin de darse la gran vida, empezó por entregar á Olivares el pendón de la torpeza nacional, y en seguida llovieron descalabros. Los holandeses, á quienes tan inicualemente había oprimido España largo tiempo, nos destrozaron una escuadra, con pérdida de 14.000 hombres, en el canal de la Mancha, y otra en las costas de América, con lo cual quedó definitivamente aniquilada la fuerza marítima de la nación. En 1640 comenzó la insurrección de Cataluña, que duró más de doce años y causó grandes estragos, ruínas y afrentas, demasiado penosos de recordar. En el mismo año principió la sublevación de Portugal, floja y torpemente reprimida, hasta que el reino vecino consiguió su definitiva independencia, después de las vergonzosas derrotas de nuestras tropas en Estremoz y Villaviciosa.

En la célebre batalla de Rocroy fué destrozado nuestro ejército de los Países Bajos en 1643, y tres años después reconoció España, al par que su impotencia, la independencia de Holanda. Aliáronse después Inglaterra y Francia contra España: la una nos arrebató Jamáica, y la otra nos expulsó casi del todo de Flandes. ¡Triste fué la herencia que Felipe IV dejó á su hijo, y más triste la suerte de España, que presenció exánime el final de la dinastía, con las angustias del infeliz *Hechizado!* Embrujado murió el rey y embrujada acabó la nación el fatal siglo XVII.

El endeble y desgraciado Carlos II tenía muy poca fuerza para sostener el pendón de la torpeza, que cogieron la reina Doña Mariana y el jesuita Nithard. ¡En buenas manos cayó el panderó! Se empeñaron en estrellarnos contra Francia, y Francia nos estrelló, pues empezó por quitarnos parte de Flandes y el Franco-Condado, penetró en Cataluña, nos sublevó Sicilia y se preparó á la repartición de España, que de país conquistador descendió á la condición de una merienda de negros.

A todo esto, cuando el jesuíta Nithard tuvo que salir corrido de Es-



paña, tomó el pendón el inepto y atrevido Valenzuela; de las manos de éste pasó á las del inocente D. Juan; de las de éste á otros personajes de muy mediano talento, hasta que, irritada Doña Mariana, lo recogió para remate de la dinastía. ¡Pobre Carlos II! Siempre triste, siempre endeble, siempre aniquilado, fué en lo físico la viva representación de una España moribunda y desconcertada.

Muerto Carlos II, el cambio de dinastía se impuso, y con el nuevo siglo vino un nuevo orden de cosas mejor enderezado para contener nuestras desgracias y nuestra decadencia. Felipe V y Fernando VI fueron reyes mucho mejores que los de la dinastía anterior; pero no pudieron evitar la continuación de los desastres de tantos años de desventuras.

Comenzó el reinado de Felipe V con la guerra de sucesión que, en rigor, duró más de diez años, y en este tiempo se perdió Gibraltar, se sublevaron Cataluña y Valencia, se perdieron Orán, Menorca, Cerdeña y los territorios que restaban en el Norte de Italia y en los Países Bajos; perdimos otra escuadra en las costas de Escocia, y los ingleses bombardearon á Vigo. No la princesa de Ursinos ni el clérigo Alberoni, demasiado astutos, sino Isabel Farnesio, fué la que más tiempo llevó en este reinado el pendón de la torpeza española.

Todo el mundo sabe que uno de los mejores reyes que hubo en España, en muchas cosas el más excelente, fué el gran Carlos III, que siempre se presentó como dignísimo modelo para sus sucesores. Lo mucho que se debe á su grata memoria no tengo que repetirlo, ya que esta carta se reduce á la historia abreviada de la torpeza española. En seguida notó Carlos III cuán grande era ésta así que llegó de Nápoles, y que los esfuerzos de su padre y de su hermano fueron insuficientes para levantar la nación del miserable estado en que la dejó la anterior dinastía, con las necedades y locuras ya apuntadas. Por todas partes vió holganza, flojedad, ignorancia, suciedad, costumbres indecentes, hidalgos y nobleza envilecidos, plebe soez, ruínas y espantosos desiertos. Fruto natural de tantos y tantos años seguidos de guerras y sacudidas de todas clases. A todo quiso poner remedio, á todo atendió, de todo cuidó. ¡Lástima que su manía contra los ingleses hubiera sido causa de pérdidas y desastres en Cuba y en Manila, con la cesión de la Florida á la rival mucho más poderosa que persistía en su afán de aniquilarnos!

Murió tan magnífico y sabio monarca, y con él murieron las esperanzas de nuestra salvación, pues el sucesor distaba mucho de alcan-

zar el mérito de su padre. No tardó España en volver á rodar por el despeñadero de su decadencia, y hubo la desgracia de que apareciese un plebeyo, que había de llegar á ser todo un Príncipe de la Paz, al que Carlos IV, sobrado indolente, echó la carga de cuanto se le hacía pesado; y entre otras cosas y entre otros pendones, el inseparable de la torpeza nacional.

Como preliminares de la guerra de la Independencia, el ignorante y atrevido Godoy nos procuró horribles descalabros en Cataluña; la penetración de tropas francesas hasta el Ebro; las pérdidas de las islas de Trinidad y Menorca; la pérdida de la Luisiana; el desastre de Trafalgar; la estúpida expedición de las tropas españolas hacia el polo Norte; el inicuo tratado de Fontainebleau; la entrada traidora y alevosa de las tropas francesas en Pamplona, Barcelona y Figueras; la entrega ignominiosa de San Sebastián, y la introducción solapada del ejército francés hasta el mismo Madrid.

Al propio tiempo que Napoleón se apoderaba suavemente del país, nos arrebató con maña la Familia Real, al lado de la cual no faltó el imprescindible Godoy, quien, á su vez, encargó al ilustre tonto, el canónigo Escóiquiz, que cuidase mucho del pendón de la torpeza española para enseñárselo al Emperador como cosa curiosa. ¡Bueno era Napoleón para reparar en esa antigualla! En seguida lo mandó á las tropas invasoras, no para que lo uniesen á las águilas francesas, pues con él no acertarían á caminar por parte alguna, sino para que lo llevase un parlamentario á las ciudades que hiciesen la valentía y la primada de oponerse á sus designios, así se llamasen Gerona ó la M. N., M. L., M. H. y S. H. Zaragoza.

Echemos un velo sobre la guerra de la Independencia, que fué muy noble, muy leal, muy heroica, muy digna de loa, mucho más digna en verso que en prosa, porque fué también muy poética, y volvamos á la realidad.

Restablecida la legalidad, vuelto á la Patria Fernando VII, como si estuvieren dados á los diablos, en vez de tener paz, sosiego y mucho más seso, nuestros antecesores, hicieron diez mil locuras y ni una sola cosa de provecho. La nación era de continuo un campo de Agramante: todos se daban á las manos y reproducían en grande escala la escena de la venta de Don Quijote, menudeando los golpes con tanta prisa, que no se daban momento de reposo; y luchando negros contra blancos, liberales contra apostólicos, moderados contra exaltados, comuneros contra anilleros, el pendón de la torpeza no cesaba de dar vueltas por

los aires como una pelota, pasando del duque de San Carlos á Lozano; de éste á Coletilla; después á Martínez de la Rosa y á San Miguel, al conde del Abisbal y á Calatrava, y por fin á Calomarde, tan ignorante como villano, que cerró las universidades y abrió escuelas de tauromaquia. A tal degradación llevaron á España tan infecundas y sangrientas agitaciones.

Con su acostumbrado buen humor, Fernando VII se reía de todos; y el juego realmente fuera de mucha risa y contento si no costase tanta sangre, tantas lágrimas, tantas ruínas como costó. Aparte de que mientras se entretenían con esos juegos de niños, el pendón, de igual facha y catadura que en su segundo viaje llevó Colón á las Antillas, anduvo rodando de la Ceca á la Meca, cayendo un día en Carabobo, y perdimos la América Central; otro día en Ayacucho, y perdimos Chile y Perú; otro día en Buenos Aires, y perdimos el resto de la América Meridional; otro día en Tampico, y perdimos Méjico.

Y á fe, á fe que España bien merecía perder ese medio mundo y aunque hubiera sido el mundo entero, pues lo mismo que sucedió hace poco en cuanto perdimos Cuba y Filipinas, los compatriotas seguían tan resignados con sus mendrugos de pan seco y tan divertidos con sus corridas de toros, como si todo ello fuese cosa de poca monta en que se debiese pensar y sin importarles un ardite. Así dimos pruebas á todos de que España es una nación indigna de muchas cosas; entre otras, de volver á poseer provincias ultramarinas, ni una pulgada de terreno al otro lado del Estrecho.

En medio de sus excelentes cualidades, un defectillo tuvo Fernando VII que ya se registró en la historia; y por esto, y porque hace al caso con lo que me resta por decir, me permitirá V. M. que lo recuerde brevemente. Tuvo Fernando VII el defecto de mostrar más apego á los reaccionarios que á los liberales, y eso que éstos, siempre tan honrados, no iban más allá en sus aspiraciones políticas que las que hoy pudieran aceptar, sin reparo, los personajes más circunspectos y prudentes, no menos honrados, del partido conservador. No se adelantó á su época aquel monarca; no vislumbró cuáles iban á ser las tendencias del siglo, y así desapareció con pocas penas.

Después del fallecimiento de Fernando VII, lejos de disminuir, fueron á más las desdichas y torpezas de los españoles, en cuanto estalló la primera guerra carlista. De triste manera comenzó, siendo niñita, el amargo reinado de vuestra ilustre abuela Doña Isabel II (q. s. g. h.), y de triste manera concluyó. La mala semilla del absolutismo distaba

mucho de estar aniquilada, y de sobra hubo gente que se encargó de empuñar el pendón de la torpeza nacional estampando las palabras *Dios, Patria, Rey*, como si los defensores del derecho y de la justicia fueran, á la sazón, ateos, enemigos de España y no tuvieran su monarca. Allá fué embravecida y alocada toda aquella turba; delante, nunca detrás, delante de aquel buen hombre á quien llamaron Carlos V, el cual, por lo que cuentan las historias, no debió parecerse al Carlos V de Alemania más que en los pelos de tonto, pues fama dejó de haber sido todavía más ignorante que cobarde. Y entre aquella gente, á la que justo fué reconocer más honradez que despejo; entre aquella buena gente que llevaba tan aborrecible estandarte; entre aquella obcecada gente que disputaba á una hija la legítima herencia de la hacienda y del trono de su padre, se mezclaron, como cardos venenosos y ensangrentados, aquellos latro-facciosos, que se escondían en las cuevas ó entre ruínas, confundidos con las aves de rapiña y las bestias salvajes, los aventureros desarrapados, los mendigos y guerrilleros de oficio y los gandules de los lugares, más aficionados á vivir sobre el país y rodar beodos por las tabernas que á manejar la azada y el arado. Y no fué lo malo que con hombres tales se robustecieran las filas del carlismo, sino que les dieran aliento, á veces hasta con el puñal en la mano, aquellos necios sacristanes, aquellos curas ignorantes de escopeta y perro, que también se alistaron en ellas y que tanto daño hicieron á nuestra Fe Católica, predicando el absurdo error de que las ideas liberales son opuestas á la religión. Consiguieron con eso arrastrar al carlismo á muchos tontos del vulgo; pero también consiguieron que otra parte de las masas, huyendo de las iglesias, corriese á sembrar la cizaña de la demagogia y del ateísmo.

Ruda fué la primera guerra carlista, y tales heridas causó á la Patria, que de algunas cicatrices aún conserva señales. Por un lado, paralizó el adelanto de la cultura y de los intereses morales y materiales; por otro lado, terminada la guerra, entre los barrancos y los desiertos dejó esparcido, con las armas en la mano, buen golpe de latro-facciosos y bandidos, materia dispuesta y preparada para las muchas revueltas que luego ocurrieron.

En tanto, las demás naciones de Europa desarrollaban con vigor todos los recursos de sus territorios, todos sus elementos de producción, y avanzaban rápidamente por la vía de la civilización en todas sus manifestaciones, y extendían sus redes de ferrocarriles y de líneas telegráficas, y triplicaban su tráfico, y embellecían sus ciudades y villas es-

pléndidamente iluminadas con luces de gas, y levantaban suntuosos palacios y fábricas de toda suerte de industrias, y cuajaban los mares con barcos de todas clases, y mejoraban las condiciones de sus colonias y conquistaban otras más florecientes; España, nuestra pobre España, nuestra Patria idolatrada, se deshacía con una guerra fratricida, quedaba como paralítica, sin movimiento en sus funciones de relación con los demás países, arruinados los lugares, empobrecidas las ciudades; todo triste, todo frío, todo asolado; sembrados los campos de cadáveres; cayendo millares de edificios al estampido del cañón, entre el humo de la pólvora y las llamas de los incendios.

Después del convenio de Vergara, el pendón de la torpeza española corría de mano en mano entre los revoltosos de todas las provincias. María Cristina lo entregó á Espartero; éste á Narváez; después lo cogieron Montemolín y Cabrera, y al cabo lo agarró con tanta fuerza Sartorius, que se rompió la cuerda de la reacción y ocurrió el pronunciamiento del 54.

Pasado el famoso y un tanto cursi, cómico y bullanguero bienio progresista, hubo un corto período en que parecía que España recobraba vigor y nuevo aliento, y que iba á entrar por fin, con segura marcha y con el debido aplomo, por las sendas de los buenos gobiernos y del desarrollo fecundo de los intereses materiales. Gobernando el ilustre O'Donnell, aparecimos como un pueblo formal, merecedor de entrar en el concierto de la vida moderna con las demás naciones civilizadas. La guerra de Africa fué una prueba de virilidad y de acierto; pero nuestra debilidad todavía era mucha para vencer los obstáculos que se oponían á nuestra marcha victoriosa. O'Donnell fué un buen gobernante; pero en Palacio y en el país se figuraban que de cualquier sitio saldrían otros tan buenos.

Doña Isabel II, vuestra ilustre y respetable abuela, era muy bondadosa, muy leal, muy generosa, franca y expansiva como una aragonesa; á todos nos trataba con exquisita amabilidad; la nobleza la rodeaba con cariño; el pueblo de Madrid la adoraba; pero heredó de su padre el defectillo de inclinarse más á los reaccionarios que á los liberales, y eso fué su perdición. No veía, ni los moderados se lo dejaban ver, que al lado de aquellos sencillotes progresistas crecía la hierba de la democracia, casi toda ella verde, pero también con muchas hojas encarnadas. La hierba crecía, la hierba crecía, y la reina no lo veía; la hierba crecía y crecía, y los moderados, siempre con el pendón de la torpeza, no hacían caso, ó creían que con pisarla un poco todo seguiría tranquilo;

pero no fué así, y estalló la revolución de Septiembre, donde cambió la decoración en un instante como en las comedias de magia.

Confieso á V. M. que ningún suceso político me ha chocado tanto como la rapidez con que Doña Isabel abandonó la corona; y saliendo de mi asombro, empecé á comprender con qué facilidad caen de golpe soberbios edificios de sólida apariencia, que por dentro están roídos por la carcoma ó desvencijados en su armadura.

Con el cambio de instituciones, otros cambios más radicales ocurrieron. ¡Qué movimiento, qué hervor, qué bullicio por todas partes! ¡Cómo crecía, cómo se extendía hasta los últimos rincones de la Península la hierba de la democracia, mezcladas la verde con la roja, y cómo crecía, por momentos, la algazara! La alegría se hizo general: todos entraban y salían, saltaban y brincaban como niños con zapatos nuevos, entre las risotadas de los bufos y las impúdicas muecas del cancan, que se hizo el baile de moda. Cualquier filósofo sesudo de las naciones del Norte hubiera pensado, al ver tales folías, que España no podía ser un país digno de la libertad y de la democracia.

Con la sonrisa en los labios, el Gobierno Provisional consiguió imponer un poquito de orden y llamar la atención del público, que dis-  
taba mucho de ser respetable, hacia la música celestial del Parlamento. Este, después de largas discusiones y de flamíferos discursos, por gran mayoría de votos decidió que á la nación no convenían los gobiernos republicanos y que debíamos volver á la monarquía, pero rechazando la dinastía, la cual se daba por rematada con Doña Isabel. Es decir, se buscó una especie de término medio, solicitando un monarca democrático á la moderna; y como final de tantas comedias y sainetes, nos pusimos todos los españoles á representar, en grande escala, la fábula de las ranas pidiendo rey. Los hombres del Parlamento se parecían á las mujeres que andan de tiendas, y que para comprar un triste vestido de percal levantan montañas de tela sobre el mostrador. A éste acudieron nuestros gobernantes: pidieron muestras y no les gustaba ninguna, tal vez porque no encontraron géneros franceses ó ingleses. De los del país examinaron uno que era recio y algo bronco; pero tenía, para ellos, malos dibujos, pues no estaban borradas las flores de lís, y otro que era ligerito y muy barato, pero de poca vida y muy pasado de moda; una tela portuguesa se les hizo demasiado vaporosa y de mal gusto; más les agradó otra alemana, fuerte, de bonita combinación de colores; pero les avisó un mancebo que se desteñía si se mojaba, con lo cual se resolvieron á elegir otra de la industria italiana.

Con esta decisión vino después D. Amadeo, que fué un cumplido caballero, lleno de la mejor buena fe, creyendo que la mayoría parlamentaria representaba la mayoría de votos del país; y por desgracia de todos, olvidó traerse de Italia uno de esos muchos manualitos que allí tanto abundan y cuyos títulos pueden resumirse en este otro: *Arte de gobernar á los pueblos alborotados sin salirse del terreno de la democracia y aumentando la fuerza y el prestigio de un rey liberal.*

*Non est ingenium magnum sine mixtura dementiae*, y pase V. M. esta rancia sentencia por lo que voy á decir. No siempre llevaron el pendón de la torpeza los tontos de nacimiento, fuesen reyes, como se dieron demasiados casos, ó fueran privados, como Olivares, ó calamidades, como Calomarde. Algunas veces lo empuñaron, siquiera fuese por un momento, personajes tan ilustres y hombres tan listos como Prim y como Cánovas.

Prim, que á la sazón era el ídolo del pueblo; Prim, que con diplomacia y con talento evitó que España hiciese en Méjico un papel bochornoso; Prim, que discurrió en tiempo oportuno la mejor solución para el problema cubano y que nos hubiera ahorrado tanta sangre, tanto dinero y tanto baldón, á pesar de su claro talento, se aturdió con el bullicio de la Cámara y de las plazuelas, y no impuso con el arrojo de su corazón de héroe el único medio de salir de tal laberinto, la restauración con D. Alfonso XII, como tuvo que suceder forzosamente poco tiempo después. El pobre Prim no tuvo la satisfacción de recibir al duque de Aosta en sus brazos, y murió alevosamente pocos días antes de llegar D. Amadeo.

Con el nuevo rey no se resolvió problema alguno ni podíamos ir á ninguna parte. Bajo el disfraz de una monarquía bufa, incapaz de arraigar, seguíamos con gobiernos que venían á ser también provisionales, perdíamos lastimosamente el tiempo en medio de una insufrible chillería, las Cortes y la nación eran una olla de grillos peor que la de ahora, hasta que llegó el año 73, y aburrido y malhumorado, el de Saboya renunció la Corona. Después de su inesperada y rápida salida, los republicanos, llenos de júbilo al apoderarse del mando, sacaron del Congreso el pendón de la torpeza española para no soltarlo sino con la vida. Mucho apego le cogieron, y eso que estaba muy estropeado con el uso.

Pronto se vió que la nación no se hallaba preparada ó educada, como otros decían, para tanta democracia. Pronto lo vimos todos, menos los

republicanos, que no lo acababan de creer; y puestos á mandar, no tardaron en demostrarlo con sus desaciertos.

En primer lugar, teóricamente, debíamos estar en una república federal. Sin embargo, prácticamente, era desunidamente unitaria; y pues nuestra soberbia ó soberanía nacional era absolutamente despótica, según se gritaba en las tabernas, aquí y fuera de aquí, con revólver ó con navaja, cada hijo de vecino tenía un rey en el cuerpo. Así, no fué de extrañar que en nueve meses ocurriesen nueve cambios de ministerio. Y como los individuos que democráticamente subían á los altos puestos no tenían costumbre de gobernar, ni en su vida las habían visto más gordas, cada *Gaceta de Madrid* era un romance jocoso y entretenido, donde salían, con poéticos y relamidos preámbulos á la española, unas leyes y unos decretos que maldita la falta que hacían ni la prisa que corrían, en tanto se meditaban cachazudamente, con filosófico esmero, cuajados de flores retóricas y sujetos á todo el rigor de la ciencia moderna, como si aquella república hubiese de ser modelo de todos, encanto de los indígenas, envidia de los extranjeros y perdurable hasta la consumación de los siglos, muchos decretos y muchas leyes que, ó se han perdido, ó quedaron archivados como el jerez del cosechero del cuento.

La nación estaba completamente divertida con los cantonales en Cartagena, con los carlistas en el Norte, con los cantonales y los carlistas en Cataluña, con las insurrecciones en Cuba y el caos por todas partes. Ya no se sabía por dónde iba el tajo, ni si todas las banderas españolas se habían vuelto pendones; y cuando yo estaba entretenido en pintar para escudo de armas de España un dibujo, en que en vez de un castillo ponía una taberna, y en vez del león un ratón, y debajo, imitando al de los yankees, un letrado que decía *ex uno plures*, llegó el 3 de Enero del 74, entró Pavía en el Congreso con las botas de montar, y de un voleo dió al traste con toda la algarabía de aquellos políticos ineptos y alocados y tan desconcertados como los de ahora.

Con el nuevo año mucho hubiesen mejorado las cosas, pues entraron á formar ministerios otros hombres más prácticos y más mañosos que los anteriores; pero aquel nieto de su abuelo no nos dejaba vivir ni respirar con sus tremendas huestes, y pedía á voces que le mandasen de Madrid el pendón de la torpeza española, cuando le hubiera sido muy fácil el año anterior el haberse venido aquí por él, sin necesidad de poseer tanto corazón ni tan sagaz instinto como un Aníbal, un Julio César ó un Alejandro Magno. Y si me rechazasen indignados, él ó los



cuatro gatos que le oyen, que ni él ni su cuartel de Navarra tenían la culpa, que me admitan siquiera, y de ahí no rebajo nada, que en el verano del 73 los amigos que tenía por acá debieron dormir unas siestas muy largas; y á fuerza de dormir como marmotas, vivieron y murieron como topos.

Indispensable fué que los republicanos corriesen á toda prisa á llevar el pendón al bueno de D. Carlos, pues bien lo merecía.

Mal año fué aquél también; mas por fortuna acabaron en Sagunto las angustias y zozobras, con la proclamación de vuestro augusto padre D. Alfonso XII (q. e. p. d.) Recibido fué con aclamaciones, vítores y alegría de todos; recibido fué como un don del Cielo y remedio de nuestras desdichas.

La guerra carlista seguía arreciando en el primer año de su reinado; vuestro padre acudió valeroso al campo de batalla, poniéndose en persona al frente de las tropas con universal regocijo y aplauso; y por fin, ya llegó el momento de acabar con esa lucha, que sólo servía para aumentar las lágrimas y desventuras de la Patria. Empezamos todos á respirar con sosiego y D. Carlos huyó á tierra extranjera, dejando caer el pendón de la torpeza española en las manos de nuestros gobernantes.

¿Habrás escarmentado D. Carlos, ó no habrás escarmentado? ¿Le habrá entrado la envidia estos días atrás al saber con qué entusiasmo, con qué muestras de satisfacción y de alegría, con cuánta cortesía, con cuánta amabilidad ha sido recibido V. M. por toda España y en las capitales extranjeras que acaba de visitar? Si le entró la envidia, que se arrepienta de ella, y Dios haga tropiece con un confesor que, sin entretenerse en pequeñeces ni andar con escrúpulos de monja, le haga éstas ó parecidas preguntas:

«¿No te remuerde la conciencia el haber ensangrentado tantas veces el noble suelo de la inocente España y causado tantas ruínas y estragos? ¿No te remuerde la conciencia haber producido la muerte de tantos miles y miles de infelices, cada uno de los cuales valía por lo menos tanto como tú, y todos juntos miles y miles de veces más que tú? ¿Sabes á ciencia cierta cuál es la situación política de los pueblos cultos y cuáles son las verdaderas tendencias del mundo? ¿Sigues abrigando las ilusiones de subir al trono de San Fernando? ¿Todavía intentarás nuevas acometidas? ¿Te has figurado que te mandó á la tierra la Divina Providencia para ser el salvador y redentor de España?»

Y si le decía á todo que sí, como es de suponer, que le absolviese sin echarle penitencia ni recomendarle devoción alguna, y concluyendo de

este modo: «Vete en paz y deja á todos en paz, y vive en paz hasta que en paz expires en el lecho de tu casa, rodeado de tu familia, no en el campo de batalla ni asaltando una ciudad, así fuese más pequeña que Amorebieta. Y si lo puedes conseguir, que te manden el pendón de la torpeza española y, abrazado á él, espera confiado la gloria eterna, ya que en este mundo no has logrado, ni será fácil que logres, la menor gloria terrenal.»

De los brazos de D. Carlos pasó el pendón, para que se ventilase, unas veces á Filipinas, otras á Cuba, yendo y viniendo de Ultramar á la Península, y viceversa. Los hombres públicos lo retenían aquí muchas veces; y en una de ellas, cuando las guerras de Cuba habían tomado un vuelo imposible de cortar, un ministro tan sabio y sesudo, un hombre de ciencia tan ilustrado y sagaz como Cánovas, en un instante de arrebató lo agarró entre sus manos, exclamando con recia indignación: *¡A la guerra se responde con la guerra!*, é inmediatamente lo arrojó con ira á los escaños del Congreso. ¿Cómo fué posible que Cánovas del Castillo, el mejor gobernante que España tuvo en el siglo XIX, cómo fué posible que un hombre de tantísimo talento exclamase tal grito? Fué la desesperación, fué la cólera, fueron los temores de lo que forzosamente había de suceder lo que le provocaron á tamaño error. Eran los temores del fracaso; era la evidencia de que, perdidas las provincias ultramarinas, perdía España para siempre los mejores campos donde desarrollar su actividad y su comercio, de extender y sostener la influencia del idioma, de las costumbres y de los aires de alegría de la Patria, donde justificar los sacrificios y los esfuerzos para revivir nuestro poderío naval; perdía España hasta la última esperanza de volver á figurar entre las naciones de primer orden, cayendo en el montón de las que, tarde ó temprano, han de ser juguete de las más poderosas.

Trágica y dolorosa fué su muerte; pero, al menos, no sufrió el pobre Cánovas la pena de ver realizados sus temores: no llegó á ver correr las lágrimas de dolor de vuestra augusta madre el día terrible en que nuestro desastre fué completo.

Arrojado el pendón de la torpeza á los escaños del Parlamento, los diputados se apresuraron á recogerlo; entre ellos sigue y ellos verán lo que hacen de él. Mas si algún día lo presentasen ante los ojos de V. M., quiera el cielo que V. M., en cuanto vea ese emblema aborrecible, lo mande retirar y que lo guarden en el Museo de Antigüedades, en sitio donde nadie lo vea ni lo toque. ¡Ojalá así suceda!

Y dejándonos de más historias, que sólo debemos mirar en muy cortos ratos de ocio los que tenemos obligación de trabajar muchas horas al día, me despido de V. M., deseándole la más perfecta salud y que Dios le libre de tontos.

Madrid 14 de Agosto de 1905.

SEÑOR:

A L. R. P. DE V. M.



## CARTA QUINTA

### CUALIDADES GENERALES DEL CARÁCTER ESPAÑOL

SEÑOR:

¡Paz y trabajo! Estas son, en la actualidad, las dos grandes necesidades del pueblo español, harto de aventuras desgraciadas y de desastres; aniquilado y rendido, cual no hay otro en Europa, al cabo de tantos siglos de luchas estériles, más veces afrentosas que gloriosas, y si no que se vea á qué situación hemos llegado comparándonos con las demás naciones civilizadas.

Antes de examinar el estado actual de los distintos elementos de producción y de riqueza del territorio, ya aisladamente, ya comparados con los de otros países, paréceme oportuno decir algo de las cualidades distintivas del carácter español, á fin de investigar, entre nuestros defectos, aquéllos que más nos perjudican para el desarrollo de los intereses materiales.

Nada más común en todas las partes del mundo que señalar á cada nación, á cada provincia y á cada comarca una característica correspondiente como las que sirven para clasificar y distinguir las especies de las diversas ramas de las ciencias naturales; y también es general que, en todas las naciones, el clima, el relieve y la composición del suelo, la proximidad ó el alejamiento de las costas ó de otras naciones limítrofes, los antecedentes históricos, la índole de los recursos naturales, el desarrollo en mayor ó menor grado de ciertas industrias y otras circunstancias, impriman á cada región diferencias de carácter en sus habitantes, que siempre han sido objeto de meditación y estudio. Hasta dentro de una misma provincia se notan, aunque sean muy tenues, algunos matices de esas diferencias, aplicables á las cinco partes del mundo.

El montañés es más vigoroso, más enérgico, de más tesón, más reservado, por no decir cazurro, más tacaño que el hombre de las llanuras, el cual, á su vez, es más activo, más veleidoso, de más viva ima-

ginación, siquiera su desarrollo corporal sea inferior. En los países fríos y lluviosos los habitantes son más cachazudos, más sufridos, menos expansivos, más industriosos y más económicos que en los cálidos y secos, en que se hacen más indolentes, más flojos de cuerpo y alma y, como natural consecuencia, más sobrios. Así se observa comparando los hombres de las provincias del Norte con los de las provincias del Sur, no sólo en España, sino en las otras naciones de raza latina, Portugal, Francia é Italia.

Físicamente considerada, no es la raza latina la más vigorosa de las que pueblan la tierra; y sin salirnos de Europa, es á todas luces evidente que las razas anglo-sajona y eslava están dotadas de mayor energía vital. Ateniéndonos á los diferentes matices de la misma raza latina, no es el pueblo español el más robusto. En el extranjero, empezando desde Francia, en seguida se nos conoce por el menguado aspecto exterior antes de que pronunciemos una palabra; y entre nosotros, cuando encontramos á nuestro paso á un extranjero, ¿en qué conocemos que lo es? Le conocemos por su mayor estatura, por su rostro más sonrosado, por su mayor corpulencia ó por los tres caracteres reunidos. No será, las más de las veces, de semblante enjuto, atezado y verduoso, como el que muchos españoles tenemos, ni corresponderá, en general, á esa talla diminuta, á ese reducido volumen, tan comunes entre nosotros.

Ciertamente que en la zona cantábrica y en varias comarcas, si bien muy limitadas, de Cataluña, Aragón, Andalucía y otras regiones, abundan los tipos de aventajada estatura y de poderoso empuje. Desgraciadamente, los habitantes de muchas provincias, sobre todo en las interiores, ofrecen, en su conjunto, los caracteres físicos antes citados.

Si es rigurosamente cierto, como así lo sostienen los fisiólogos, que el cruce de sangres distintas y de alejadas procedencias es el más favorable para el desarrollo de la especie humana, los españoles, con tantas invasiones y revueltas como hubimos, deberíamos ser los más fornidos hombres de Europa, y, sin embargo, sucede precisamente lo contrario, porque venimos á ser una rama degenerada ó rebajada del gran tronco de la raza caucásica. ¿Cuáles habrán sido las causas de esta inferioridad?

La primera causa pudo ser que á tantas guerras y batallas por todas las partes del mundo, y muy especialmente entre nosotros, irían de preferencia, para perecer en gran parte, los hombres más fornidos, altos y vigorosos, escabulléndose entre los campos y montañas, y en faenas menos expuestas, los más bajitos, los más medrosos, los más ende-

bles y los más á propósito, en fin, para rebajar la especie. De la sangría continua de las emigraciones, nada digo por ser mal irremediable que coge casi por igual á todos los pueblos de la vieja ó envejecida Europa. Ya hablaré de ellas en otra carta; y aquí sólo adelantaré que, como en los individuos para las funciones de reproducción, pueden resistir, sin quebranto de su salud, repetidas pérdidas de su organismo los que son fuertes y vigorosos, mas no los de escasa resistencia, que no tienen sangre de sobra.

Otra causa constante, y que ahora empieza á ser formalmente combatida, de la degeneración de la raza, es el paludismo, que á muchos individuos, si no mata, deja imposibilitados para engendrar hijos robustos. En varias provincias del litoral de Levante y de Andalucía, en alto grado; en varias comarcas extremeñas, manchegas, aragonesas y castellanas, en segundo término, las cifras de atacados de intermitentes son excesivamente elevadas, aun comparándolas con las del centro y mediodía de Italia.

La falta de higiene en casi todas las poblaciones de España, las del alcantarillado hasta en ciudades tan ricas y civilizadas como Barcelona, hacen más desastrosas y mortíferas las epidemias de tantas clases que de continuo diezman á la pobre humanidad, con más flojas defensas entre nosotros que en el resto de Europa.

Y otra causa más general y de más perniciosos efectos es la alimentación insuficiente, asunto de importancia suma y que merece capítulo aparte en otra de las cartas sucesivas.

Desde el punto de vista que podría llamar espiritual, recordará V. M. que en mi segunda carta decía que, por regla general y en casi todas las ocasiones, los españoles somos unos infelices, un tantico alborotadores é inquietos, volubles, más corteses y galanes con las mujeres que en ninguna parte; imprevisores en todo; rumbosos hasta el despilfarro; expansivos y locuaces con los desconocidos, lo mismo que los demás prójimos de raza latina; fáciles de gobernar como corderitos, por la buena; indómitos y rebeldes á la menor señal de violencia ó desprecio. De esta calificación se deduce que nuestras cualidades de orden moral son superiores á las de orden intelectual; y sea ó no así, pues que de ese modo lo quiso la suerte, V. M., á modo de tutor de todos, nos ha de tomar por buenos, y más cuando todos seguimos y respetamos á V. M. como nuestro Rey excelente y magnífico.

Y como padre prudente y cariñoso que, por bien de ellos, corrige á sus hijos las malas mañas y vicios, y más se fija en éstos que en las

buenas cualidades, del mismo modo, en las ocasiones y lugares que oportunos sean, repare de preferencia V. M. en los defectos más generales y opuestos á la cultura que vea en el país, para que, en la medida de vuestras fuerzas, inspire á sus consejeros el arte de corregirlos y enmendarlos.



De la flojedad de cuerpo sale siempre la flojedad del espíritu. Flojedad, pereza, vagancia, ociosidad, haraganería, holganza, gandulería, dejadez, abandono y otras varias, son palabras casi del todo sinónimas, que comprendo y abrazo en una sola: con la de apatía; y *apatía nacional* llamo á nuestro más grave defecto,

Son de todo el mundo conocidas, y por nosotros repetidas veces confesadas, nuestra insigne pereza, nuestra afrentosa indolencia, nuestra grande apatía. Desdichada situación la de gran número de españoles: no trabajan unos porque no pueden comer; otros no comen porque no pueden trabajar. ¿Se quiere mayor desventura para un país que la holganza forzosa ó voluntaria? ¿Hay algo que empobrezca más la sangre y aniquile más á un pueblo que la escasez de trabajo ó la poca afición al trabajo?

¡Qué holgazanería, qué inactividad, qué abandono por cualquiera parte que se observe! ¡Qué falta de previsión, cuánta flojedad en todas las clases sociales! Nunca y para nada llega en este país el momento de trabajar. A lo sumo, forjamos planes ilusorios y nos entretenemos con proyectos irrealizables. Se cuentan en España millares de maestros de oratoria, y es natural que nuestro país aventaje á los demás en el arte parlamentario, aquí donde á todo el mundo se le va la fuerza por la boca.

Por la apatía nacional viven en la impotencia los gobiernos, cercados de ruedas inútiles, sin el estímulo de gente que trabaje á su alrededor; por la apatía nacional se explica la vida disipada y ociosa de las altas clases sociales, que tienen abandonados los negocios relativos al desarrollo de sus propias riquezas; por la apatía nacional vuelan presurosos á encerrarse largas horas del día y de la noche, en los cafés y casinos de todas las ciudades y villas de España, cuantas personas instruídas, con pocas excepciones, existen en la nación. ¿Qué ejemplos dan al pueblo para que tenga amor al trabajo? ¿Con qué autoridad se presentarían delante de él á exigirle virtud y honradez? ¿Con qué justicia



criticarán que gran parte de la plebe corra á embrutecerse por las tabernas y por las romerías?

Cierto es que las sacudidas que despertaron al país por el robusto brazo de la libertad, al quitarle el pesado yugo del absolutismo y de la intolerancia, le guiaron hacia la senda del progreso; pero obsérvese que en este movimiento hemos sido empujados, no sin sangrientas luchas entre nosotros, por las irresistibles corrientes que vertiginosamente se agitaron al otro lado de los Pirineos. Sin la revolución francesa, sin las reformas liberales de Europa entera, España hubiera seguido con su Inquisición y con sus frailes, con sus reyes absolutos y con sus apergaminados señoríos, todos envueltos por la apretada niebla de la ignorancia.

Las mejoras de interés general han sido iniciadas y muchas llevadas á cabo por la influencia exterior y con capitales extranjeros. Es indudable que el ejemplo de las gentes de afuera ha sido muy provechoso á la nación; pero en el rápido desarrollo que en estos últimos tiempos van tomando los intereses materiales, España sigue entumecida y rezagada detrás de todo el mundo civilizado. Todos van más á prisa que nosotros; y cuando las demás naciones dirigen á la nuestra una mirada compasiva, al verla macilenta, con torpe é inseguro paso, no pueden creer que llegue á alcanzar un puesto de honor en el banquete de la vida.

Las transformaciones que en el orden social y en los grandes negocios internacionales se van sucediendo rápidamente en torno nuestro, no son de índole tal que nos permitan seguir indefinidamente inactivos. Sanos ó enfermizos, de grado ó por fuerza, seremos arrastrados por la corriente general, y será preciso que salgamos sin tardanza de nuestra apatía nacional.

\*  
\* \* \*

La ignorancia y la rutina son las naturales consecuencias de la apatía y la pereza. Bochornoso es que llegue al 64 por 100 el número de los españoles que no saben leer ni escribir; pero, en proporción, mayores estragos causa la ignorancia entre las clases elevadas, hasta en aquéllas que poseen títulos profesionales.

Aquellos tristes y sostenidos períodos de luchas sangrientas y de espantosos desastres que cayeron sobre España desde tiempos remotos; la intolerancia religiosa; la larga duración y el predominio de los go-

biernos despóticos hasta mediados del siglo anterior, y otras causas de todos bien sabidas, retrasaron con exceso la instrucción de las masas populares, aleladas de continuo en un laberinto de patrañas, errores, preocupaciones y disparates, con la sempiterna fantasía y la cándida ignorancia de los tiempos primitivos. Y pues tocaron de cerca las graves desventajas con que se tropieza al gobernar un país de gente ruda é ignorante, muchos ministros de todos los partidos, desde el reinado de Doña Isabel II hasta la fecha, siguiendo ejemplos de naciones más adelantadas, mostraron los mejores deseos en beneficio de la instrucción pública con sobradas disposiciones oficiales.

Más se hubiera progresado en esta materia si los vicios de centralización de que está inficionada la sangre española no nos hicieran esperar todo de los gobiernos; y por lo mismo, salvo muy contadas excepciones, ni las provincias ni los municipios han hecho grandes esfuerzos para combatir la ignorancia en el grado que deben. Es una vergüenza que en pleno siglo xx todavía haya siete provincias, las de Ciudad Real, Córdoba, Coruña, Cuenca, Orense, Toledo y Valencia, donde pasa del 70 por 100 la proporción de los habitantes que no saben leer ni escribir; otras nueve, las de Albacete, Alicante, Almería, Badajoz, Baleares, Canarias, Castellón, Málaga y Murcia, en las cuales esa proporción excede del 75 por 100, y otras dos, las de Granada y Jaén, en las cuales se llega á la afrentosa de más del 80 por 100.

Si bien es cierto que de medio siglo á esta parte ha sido de importancia lo que se adelantó en la instrucción pública, todavía es mucho lo que nos hace falta avanzar para acercarnos al nivel de las naciones verdaderamente civilizadas. Escasamente la cuarta parte de las escuelas se hallan alojadas en locales aceptables; más de otra cuarta parte se cobijan en lugares infectos ó entre paredes que amenazan constantemente ruína; el material de enseñanza es pobrísimo, y la cuarta parte de los maestros, ó sea más de 6.000, carecen de certificado de aptitud, cosa nada extraña si se atiende á que la inmensa mayoría de ellos no llegan á la dotación anual de 700 pesetas. Mezquino y miserable pago para tan rudo trabajo, que exige mucha inteligencia, graves cuidados y exquisita delicadeza. Se comprende, por lo tanto, que con salarios inferiores á los del más tosco gañán, los pobres maestros de los pueblos y aldeas hayan de recurrir á las faenas del campo, á veces á buscar hierbecillas para alimentarse ó á desempeñar otros cargos retribuidos; y con tales condiciones, no se puede pedir que hagan más de lo que hacen ni sepan más de lo que saben.

En cuanto á la enseñanza superior y profesional, si mucho se adelantó, mucho más queda por hacer para llegar á la altura que de nosotros se exige en el mundo civilizado. Por los rasgos especiales de nuestro carácter, el cultivo de las letras ha sobrepujado al de las ciencias, y para éstas gastamos casi todos los esfuerzos en el terreno meramente especulativo. Sin contar los motivos inherentes al bajo nivel industrial de nuestro país, la enseñanza práctica y las aplicaciones de las ciencias se hallan en espantoso retraso, ya porque á ellas hemos venido demasiado tarde, ó porque en general recibimos la luz reflejada y no directa, ó por la fantasía engañadora que nos acompaña hasta el sepulcro. Más valiera que se contase menor número de centros de enseñanza superior, con tal que los que restasen estuviesen mejor dotados de material, que no los que hoy existen, con pobres colecciones, con miserables gabinetes, con desvencijados modelos y con mezquinos laboratorios.

Fuera de esto, en todas las partes del mundo hay un tanto por ciento de personas las cuales, acabadas sus carreras, ya no miran un libro, recogiendo su título profesional cual si fuese una patente de corso para ganar grandes posiciones y muchas ventajas con el menor estudio posible; pero aquí, donde tanta indolencia, tanta charla y tantas intrigas imperan, ese tanto por ciento llega á una cifra asombrosa. En España se lee muy poco, y así se explica que haya entre nosotros un número muy exiguo de personas dedicadas con ardiente celo al estudio de las ciencias, y muy contados los inventos de verdadero mérito que entre nosotros se registran.



Así como en una persona enferma de un mal se derivan diversas dolencias, que llaman á todas manifestaciones del mismo mal, de la apatía nacional y de la supina ignorancia española se derivan otros dos graves defectos, causas de otros males, y tales son lo que yo llamo *fantasía*, mezcla de vanidad y de estupidez, y la *imprevisión*. La patria de Don Quijote es un país de soñadores: por lo mismo que aquí se sueña tanto, hay necesidad de dormir mucho; y sin embriagarnos con opio como los chinos, estamos viendo visiones y en ilusión perpetua, sin despertar de nuestra modorra.

¡Sí! La fantasía, la loca fantasía tiene embobados á millones de compatriotas; la fantasía convierte en un verdadero laberinto la adminis-

tración pública y las estériles representaciones joco-serias de nuestros Parlamentos; la fantasía nos hace ser los mayores proyectistas y los más holgazanes é ignorantes de todos los europeos; á la fantasía debemos ese lujo de fiestas, romerías y ferias, mezcla de fetiquismo y de barbarie, en que se negocia poco y nos divertimos mucho; la fantasía nos hace creer que España es un país privilegiado; la fantasía nos induce á reclamar un puesto de honor entre las grandes naciones, aun después de perdidas las colonias y aunque continúa flotando el pabellón británico en Gibraltar; la fantasía nos hace esperar grandes cosas de la América latina; la fantasía nos hace esperar que seremos algún día los redentores de ese Continente que colonizan los franceses desde la Argelia y los ingleses desde el Cabo; la fantasía nos cierra los ojos y nos tapia los oídos para no ver ni oír una sola verdad.

No es posible entrar en todos los detalles que acusan nuestra meridional fantasía ni reseñar los vicios y rarezas que de ella se derivan. Sean otros quienes critiquen las aparatosas fórmulas, los exagerados cumplimientos y las vanas ceremonias de nuestros actos de la vida nacional, desde los que se celebran en los más respetables recintos, hasta los más grotescos de las aldeas; desde la más sencilla carta que empieza con una tontería y acaba con una farsa antes de la firma, hasta las leyes y los decretos que salen en la *Gaceta*, acompañados de interminables, ampulosos, relamidos y eruditos preámbulos á la española; desde ese fárrago insulso de arengas pretenciosas y de enrevesadas filosofías que encierran tantos millones de pliegos de papel sellado, devorados por los tribunales y las oficinas, en anchos renglones y con gruesos caracteres, hasta las entretenidas peripecias y tramoyas de nuestra política interior y de las comedias caseras; desde las silenciosas ilusiones de las loterías y las rifas, hasta la estrepitosa algazara de las corridas de toros. Gracioso estaría, andando el tiempo, si por sacrificarlo todo á la forma, llegásemos á cobrar fama de mentirosos é informales; y curioso sería también si, después de estar llamando charlatanes á algunos de nuestros vecinos durante siglos enteros, acabásemos, con nuestra fantasía, por dar lecciones de charla á todas las almas nacidas.

La imprevisión ha sido en todo tiempo otro de los rasgos más salientes del carácter español. Poca previsión debieron haber tenido los habitantes de la Península en los primeros siglos, cuando se dejaron invadir y dominar á cada paso por gentes extrañas; mucha más fantasía caballeresca que previsión y buen juicio hubo seguramente en la época de la reconquista, en tantas guerras ruinosas que después se sucedieron,

á compás de nuestra decadencia, en los acontecimientos políticos y en la administración pública de todos los tiempos, en los optimismos ridículos de ayer, en el pesimismo cobarde de hoy día. Imprevisores son el pueblo y la clase media, que viven al día y sin ahorros; imprevisores las familias acomodadas y la aristocracia, que derrochan neciamente más de lo justo y descuentan el porvenir de sus hijos; imprevisores los gobernantes, á quienes cogen de sorpresa los acontecimientos interiores y exteriores, sin que nada les sirva de lección ó de advertencia.

La apatía y la ignorancia causan también grandes defectos, cuales son la incultura y grosería de mucha parte de los habitantes, no sólo entre la plebe, sino hasta en los ricos; incultura y grosería que, con los restos de rancias costumbres, dan á la masa general de las gentes cierto aspecto de semi-barbarie, la cual todavía nos siguen echando en cara los extranjeros. Ese bullicio africano en casi todas las estaciones de los ferrocarriles; esas pedradas que se disparan de cuando en cuando á los trenes; esos incendios, casi siempre intencionados, de los bosques; esos modales de salvajes de muchos lugares y de muchos barrios bajos, con tanta exhibición de revólver y navaja; ese descuido, esa suciedad que se ven por todas partes en muchas cosas; esa chulapería descocada, y esa falta de decoro en las fiestas populares, desde las ciudades más grandes hasta las más ruines aldeas, con el imprescindible acompañamiento de provocaciones, desafíos, insultos y cuchilladas. Faltas todas de perfecta civilización, que nunca se acaba de alcanzar en más de media España.

\*  
\* \*

Entre todos los defectos nacionales el que con mayor empeño hay que combatir es la holgazanería, en cuantos terrenos y con cuantas formas se presente; y uno de sus aspectos, á ratos más lastimoso, á medias más repugnante, es el de la mendicidad. Empezando por Madrid mismo, ¿habrá otra capital en Europa donde molesten al vecindario tantos enjambres de pordioseros de tan variadas cataduras? Unos dignos de socorro, otros verdaderos y solemnes haraganes, y todos decididamente importunos, que no dejan andar por las calles y encima nos piden limosna. Sevilla, Zaragoza y otras muy pocas ciudades acertaron á retirar de la vía pública esta llaga social con muy piadosas medidas; en esta Corte se pretendió repetidas veces corregir esta calamidad; mas para llegar á buen fin, á las autoridades ó al vecindario ha faltado algo

que no sé qué será, pues no debe ser dinero, ni amor al prójimo, ni sentido común.

En esas monedas del todo borrosas, inadmisibles en el cambio mercantil, hay que empezar por distinguir las que son de ley de las falsas. Muchos asilos hay de todas clases, algunos sanatorios para desvalidos, pero insuficientes. En inmensa mayoría, ni las provincias ni los municipios se esmeran mucho en socorrer las desgracias, y dejan caer sobre Madrid y otras ciudades importantes la escoria de sus miserias. Los tiernos huérfanos tirados en medio de la calle; los pobres viejecitos que rodaron al arroyo por sus desgracias ó por sus torpezas, unas y otras iguales á los ojos de la Caridad; los infelices obreros que, ayudando con el sudor de su rostro al bienestar general, quedaron impedidos, todos estos desventurados prójimos tienen derecho á que sus conciudadanos les saquen de su indigencia, pues de otro modo nunca estará civilizado del todo, ni será del todo cristiano, el país donde terminante, justa y eficazmente no se halle prohibida la mendicidad.

Como eslabón que enlaza la cadena de los mendigos de hoy con la cadena de los disipados de baja estofa que lo serán mañana, pululan también por la capital esos enjambres de golfos, unos sin camisa, otros descalzos, todos desvergonzados, medio idiotas é inútiles para el más insignificante trabajo, los cuales parece que tienen por principal cometido mostrar á la vista de los extranjeros, desde las estaciones de los ferrocarriles hasta las puertas de los hoteles, el más asqueroso aspecto de la apatía nacional. Para evitar el espectáculo de tales desnudeces, en varias ocasiones se ha dado en la bondadosa tarea de recogerlos y de vestirlos. Inútil faena. Eso se llamaba en latín *depellere muscas*. Es menester fijarse en las causas del mal para aplicar bien los remedios.

¿De dónde vienen esos golfos? ¿A dónde irán? ¿Qué se puede hacer con ellos? Vienen de los grupos de niños pordioseros, abandonados de sus padres, si los tienen, ó de la sociedad, que no les ampara en tiempo oportuno. Van á aprender gratuitamente de los rateros el arte curioso de limpiar pañuelos, bolsillos, alfileres, relojes y carteras; y cuando ya tienen bastantes lecciones sabidas, cambian su andrajosa indumentaria por otra menos llamativa, y entran á formar parte del numeroso cuerpo de sus maestros para el gracioso juego de las quincenas en la cárcel, repetidas veces alternantes con las carreras de sustos y escamoteos. Llegados á este punto, ya tienen su profesión: no les puedo seguir la pista; antes bien, ellos me la seguirían, y se salen del cuadro lastimoso de la

apatía nacional. ¡*A trabajar!* como ellos dicen cuando ya tienen su oficio.

¿Y qué se puede hacer con ellos? Si preguntamos á un agente de comercio, sólo nos contestaría dos palabras, volviendo rápidamente la espalda: ¡*Mal negocio!* Sin embargo, las autoridades no deben tener exactamente todos los mismos modos de discurrir que los agentes de comercio. En algunas cosas, aunque coincidan en casi todas, se tienen que distinguir.

Comprendo, sin embargo, que á las autoridades sobraré poco tiempo para cuidarse de tan viles elementos de producción y de tráfico, y la resolución del problema habrá de encomendarse á los filántropos. Que éstos vean si todos los golfos son iguales, ó si dentro de esa escoria social aún hay clases: unos, los más torpes, que pueden llevarse á ciertos asilos sin temor de que pudran la masa de los desamparados; otros, tal vez los más talluditos, con los que se formase un cuerpo especial, auxiliar de la milicia, precisamente destinado, por una de esas muchas paradojas que se ven en la humanidad, al aseo de hospitales y cuarteles; otros, los más avispados, si sus compromisos de familia no lo impiden, que se destinasen á correr el mundo, empezando por el Muni.

Subiendo poco á poco los escalones de la apatía nacional, pasaré de los golfos á los servidores, dependientes, empleados, ó como se deba decir, de la Administración pública, sean del Estado, de la provincia ó del municipio; de esos seres, en general débiles, apocaditos y de modestas aspiraciones, que no son la cabeza ni los pies, sino un brazo—creo que el izquierdo—del país. De cuando en cuando, á esos seres dependientes de la nómina se les llama *sanguijuelas de la nación*. Yo soy uno de ellos, y no me está bien seguir llamándolos en la tercera, sino en la primera persona del plural.

Somos muchos, y como en botica, hay de todo; y como no solemos hacer pugilatos de laboriosidad, pues no hemos nacido para eso, los ratos que no matamos el tiempo en los cafés, ó leyendo diarios políticos, ó de mucha risa en la oficina, ó echando pestes del gobierno por todas partes, nos divertimos en comparar la mayor gandulería de los empleados de un ramo con relación á la gandulería de los individuos del otro al que tenemos la honra de pertenecer. Los seculares motejan y se burlan de la tranquilidad y reposo de los eclesiásticos; los paisanos critican la inacción y los paseítos inútiles de los militares; los administrativos, el entono y las pretensiones de los facultativos; los facultativos, la torpeza y poca actividad de los administrativos; y tantas voces da-

mos, tantas exclamaciones hacemos, tantas risotadas y sandeces soltamos, que llegamos á despertar de su habitual modorra á los políticos y parlamentarios, y nos apaciguamos, con la esperanza de un ascenso, en cuanto nos repiten otra vez más la consabida copla de la reorganización de servicios.

Llegados á este extremo, aunque con el lento y perezoso paso con que me dirijo á la oficina, saldré del cuadro de la apatía nacional; y lo que acerca de este punto haya de decir, lo trasladaré á otra carta, pues ésta va siendo sobrado larga.

Todavía, subiendo más escalones por el cuadro de la apatía nacional, llegaría á los políticos, á los parlamentarios y á los gobernantes, y también, como este tropel de gente merece capítulo aparte, lo dejaré para otra carta, así como para la inmediata la que de aquélla corresponde á las más altas clases sociales, que al fin, al fin, si contribuyen mucho á la apatía nacional, ya la pagan con su dinero.

Y si bien á V. M. dirijo esta carta, ya que no estoy en vuestra real presencia, la terminaré con un prolongado bostezo, desperezándome como galgo hambriento y harto de correr, para aliviar mi galbana con una buena siesta, pues la noche pasada no dormí más que ocho horas.

Que todas las de vuestra vida sean muy felices para V. M.

Madrid 20 de Agosto de 1905.

SEÑOR:

A L. R. P. DE V. M.



## CARTA SEXTA

### LAS DIFERENTES CLASES SOCIALES EN ESPAÑA

SEÑOR:

Tanto desde el punto de vista de la fuerza y asiento que pueden dar á las instituciones, cuanto por lo que sean susceptibles de contribuir á la prosperidad y á la riqueza del país, en esta carta pasaré revista á las diferentes clases que componen la sociedad española. Analogías hay, como no puede menos, con las clases respectivas de igual índole del extranjero; pero no identidad, pues entre nosotros se observa menos cultura, menos ilustración, patriotismo peor entendido, más irracional fanatismo; todo en el negro fondo de la ignorancia y de la apatía nacional que en la carta anterior dejé bosquejadas. Deplorable situación de la sociedad española que no puede seguir sin enmienda, ó sin castigo, mucho más tiempo.

*La aristocracia.*—Ornato grande y brillante complemento de una monarquía es la nobleza, natural heredera de los conquistadores y famosos capitanes de tiempos antiguos; viva representación de las glorias nacionales y de las casas más ilustres de rancio y esclarecido linaje; digna de respeto y estimación por ser uno de los más firmes fundamentos del Trono. Y júntense con la nobleza hereditaria las familias de modernos títulos nobiliarios y los enriquecidos burgueses que ayer fueron de humilde cuna y hoy son potentados, los cuales con aquélla se compenetran, formando entre todos la aristocracia. Hubo largas épocas en que se vió oposición y antagonismo entre la aristocracia y la democracia; mas ahora son dos fuerzas que se armonizan, subsisten y también se compenetran, ya que muchos individuos de noble estirpe son amantes defensores de las ideas liberales, del mismo modo que entre las masas populares hay otros individuos aficionados á las ideas y procedimientos reaccionarios.

Terminaron aquellos tiempos feudales en que los nobles y los magnates, ora revolvían sus mesnadas contra los reyes, ora se unían á los

reyes para oprimir, esquilmar y atropellar á los vasallos. Acabaron aquellos tiempos del absolutismo en que los nobles y las camarillas de los reyes gobernaban despóticamente al pueblo para hacerle juguete de sus ambiciones y de sus torpezas. Concluyeron aquellos tiempos del fanatismo en que la nobleza y el clero rodeaban á los monarcas para empujarlos á su antojo por las sendas de perdición por donde España fué conducida á los despeñaderos de su ruína. Terminaron aquellos tiempos aborrecibles de la tiranía, y los aires de la democracia han penetrado en los palacios y en las catedrales, como las brisas de la primavera en todos los jardines, desde el momento en que se dijo que el rey reina y no gobierna.

A medida que de un siglo á esta parte han ido aumentando las necesidades de las familias, los goces del espíritu y de la materia y las invenciones de miles de objetos de comodidad y de lujo, las clases populares se han hecho más ambiciosas y más trabajadoras; pero la aristocracia mucho menos, en proporción. Antes bien, por regla general, se hizo más indolente, más inclinada á las fiestas y al despilfarro, aficionándose en extremo á volar de fiesta en fiesta, faltando con temeridad abominable á la ley de trabajo, que se impone cada día con más empuje para regir con irresistible imperio sobre el mundo moderno. Cierto es que en todas partes pasa lo mismo, pues la holganza y la disipación son las compañeras inseparables de la riqueza; mas esto en cierta medida.

Aparte de lo cual, si en naciones ricas son más tolerables los estragos del despilfarro y del lujo, en las pobres, como la nuestra, es y será causa de mayor perdición. Siempre tuvo fama la aristocracia española de ser la más fastuosa, al par que la menos ilustrada, y en verdad que desde remotos reinados la apatía española fué en ella su principal distintivo. Aun hoy día, aparte de muy honrosas excepciones de aristócratas que algo influyen y algo suenan en la vida nacional, los más de ellos continúan en vergonzosa indolencia, sin dar frecuentes ejemplos de previsión, buen gobierno y virtudes cívicas, de que muy necesitados estamos.

Ese abandono, esa indolencia llegan á su colmo en las provincias andaluzas, allí donde la propiedad está insuficientemente repartida, y de paso, donde son mayores y más escandalosas las ocultaciones de la propiedad; allí donde son mayores los sufrimientos de la gente del pueblo, donde son más profundas y duraderas las crisis agrícolas y donde se hace de año en año más peligroso y expuesto á graves trastornos ese fiero contraste de las mayores riquezas al lado de las más grandes miserias.

De medio siglo á esta parte han adelantado mucho todas las manifestaciones de la vida de los pueblos; y no es que sea sólo conveniente, sino de la mayor urgencia, que las altas clases sociales en España y fuera de ella repriman sus aficiones á los goces del sensualismo y á la disipación de una conducta ociosa, aviven el seso y despierten á la razón. Tanto más fuerte, tanto más respetado será un personaje, cuanto más se incline á los deleites del espíritu y menos á los de la materia. En muchos pueblos de España, cuyos nombres representan otros tantos títulos nobiliarios, se carece de escuelas, ó son éstas de miserable instalación y lánguida enseñanza; se carece de trabajo, y hay incultas y sin provecho centenares de hectáreas; se carece de agua para beber, y brotan copiosos manantiales en extensas propiedades; faltan caminos, faltan puentes, y si la Administración pública no los construye, sin construirse siguen; falta higiene, falta alumbrado, faltan orden en las cuentas del Municipio, cultura en la plebe, en tanto los burgueses languidecen resignados en un estado de semi-barbarie, sin el más insignificante ejemplo de abnegación, de caridad y patriotismo. De cuando en cuando ven caer una limosna de una blanca y perfumada mano; pero no ven al brazo robusto que los saque de su miseria y de su atraso.

Entre todas las clases sociales no hay otra como la aristocracia en que más claro y con mayor intensidad se vea hasta dónde llega el buen ó mal ejemplo de los monarcas. En todos los reinados, según son las aficiones del rey, así se encarrilan las de la nobleza. Con reyes guerreros, de la aristocracia salieron ilustres y valerosos capitanes; con reyes indolentes y de vida licenciosa, las altas clases sociales se hicieron de relajadas é impúdicas costumbres; con reyes supersticiosos, los nobles los siguieron, hasta lo absurdo, por el fanatismo y la ignorancia; con reyes ilustrados, la aristocracia se dedicó, parte al menos, al estudio de las letras y recibió brillante cultura.

Cuando en los negros días del absolutismo había reyes tan indolentes como Felipe III, Felipe IV y Carlos IV, y reyes tan desgraciados como Carlos II y Fernando VII, la nobleza española tuvo en sus amos los ejemplos de disipación y de holganza que á tantas y á tales miserias y ruínas nos llevaron. Mas ahora, en estos tiempos de democracia, han cambiado completamente los modelos dentro y fuera de España.

Por todas partes ha sido y será recibido con entusiasmo V. M., porque en todas partes se le mira como una venturosa esperanza. Todos confiamos en el acierto y buenas intenciones de V. M. Todos esperamos que en cuanto de la adolescencia vaya pasando V. M. á la edad viril,

completado en desarrollo corporal, iniciado en los asuntos de mayor importancia para la vida de la nación, y conector de todos los elementos de producción y de todas las cualidades de los hombres que le rodean, de las maniobras de los partidos políticos y de la significación de todos los actos del Parlamento, todos esperamos de V. M. la verdadera regeneración de la Patria. Ciertamente es, y todos lo sabemos, que el rey reina y no gobierna; pero ¿cuánto bien hizo siempre y cuánto bien podrá hacer un buen rey liberal? Infinitas serán las bendiciones que nos vendrán del Altísimo con un rey excelente, y V. M. será, empieza á ser ese excelente rey, pues en el poco tiempo que lleva de reinado pruebas ha dado de singular despejo, de vivo y laudable interés por el desarrollo é incremento del bienestar de la nación. Bien claro ha visto V. M. que entre todas las fuentes de riqueza figura entre nosotros en primera línea la agricultura, y bien sabe el país la predilección que por ella siente V. M.

Las aficiones que más atraigan á V. M. y las ocupaciones que más le entretengan, esas serán la moda corriente de la nobleza; y con aquello á que más se incline V. M. arrastrará á los nobles, ya que éstos, por su origen y por sus oficios, son los más ligados al Trono y los más obligados á su esplendor y firmeza.

Mucho bien podrá hacer V. M. con su buen ejemplo de amor á las clases trabajadoras; y en la medida de su aplicación á lo que más favorezca el desarrollo de la riqueza nacional, en esa misma medida subirá la actividad y la aplicación de los aristócratas. Grande falta hace y comienza á ser urgente sacar de su apatía y de su disipación á muchos altos personajes que con frecuencia ven á V. M., y V. M. tiene con más ó menos intimidad que tratar. Así sea pronto.

*El ejército.*—Ardorosos defensores de la monarquía tiene V. M. en la nobleza; pero no menos entusiastas y firmes en el ejército, siempre muy amado del pueblo español por dos fuertes razones. Es la primera porque el ejército se compone de hijos del pueblo y al pueblo vuelve, después de servir á la Patria y á V. M.; y es la segunda porque, así como el clero y la nobleza se inclinaron en siglos pasados al absolutismo y á la reacción, el ejército fué repetidas veces el brazo con que se conquistaron y mantuvieron las libertades.

Lo que fué y lo que ha sido el soldado español no hay para qué repetirlo, pues hartamente conocido es del mundo entero. Todo hijo del pueblo en cuanto se convierte en un soldado conserva, mejorándolas, todas las bellas cualidades del carácter nacional, suavizando sus naturales y más

comunes defectos. Es alborotado y bullicioso, pero se sujeta con humildad é instintivo apego á la disciplina; transforma su apatía en actividad y cuidado, su desaseo en pulcritud, su rudeza y asperidad en ese garbo, esa gallardía, esa graciosa apostura de que no hay ejemplo que le supere en el resto del mundo.

Andando por el campo y penetrando por los lugares y aldeas, á tiro de ballesta se distingue desde el primer momento el campesino que sirvió en el ejército del que no salió de su distrito. Yo mismo, que en mi larga carrera he tenido que utilizar peones y guías á centenares, para cruzar montañas y desiertos por casi todas las provincias de España, hace años noté que el que sirvió en el ejército, bien me ha servido, y el que no ha servido, de mala manera me sirvió. El que ha sido militar está acostumbrado á toda clase de fatigas y peripecias; saca partido de todo, y por todas partes sabe hallar provisiones y acomodo; no hay dificultades que no allane, ni resistencias que no venza, ni camino que no abrevie, ni atajo que se le escape. Y por eso, aparte de lo que en sí tiene de racional y de justo, miro el servicio militar obligatorio como uno de los medios más eficaces de civilizar el país y de avispar los rústicos de los lugares que todavía respiran los aires de la Edad Media.

Quien quiera que necesite hallar un corazón noble y generoso, que lo busque de preferencia entre los hombres que eligieron de jóvenes la carrera de las armas. ¡Dichosos los espíritus cuajados de ideales grandezas! En estos tiempos de un positivismo exagerado y de una codicia desmedida, bien merecen alabanzas el niño que se aficiona á la milicia y los padres que á ella dirigen á sus hijos. A poco que miren á su alrededor, saben de antemano que, una vez ingresados en un cuerpo del ejército, esos jóvenes no van por la senda que lleva á las riquezas, fuera de los casos en que el uniforme es un atractivo brillante para una heredera acaudalada. Con anticipación deben estar enterados de que el ingreso es difícil, los estudios un poco duros, los ascensos muy lentos, el porvenir poco lucrativo, el retiro de modestos recursos, la vejez con escasas comodidades y la herencia de sus hijos más cercana de la indigencia que de la abundancia. Todo esto lo saben, ó lo deben saber; y á medida que un oficial va avanzando en edad, también se va enterando que la España de hoy, tan débil y desmembrada, no es la España de ayer, con ricas posesiones en Ultramar; que hogaño no podría soportar la nación las empresas guerreras de antaño, ni las luchas intestinas que la dejaron desgarrada, más cubierta de ramas de mirto que de hojas de laurel. Por esto admiro, bajando la vista al suelo, á todo joven que em-

prende la carrera de las armas, pues siendo de imprescindible necesidad tener un ejército bien organizado y bien retribuido, no se ve la aplicación lucrativa en los sacrificios del Estado y de los individuos que para tan bellos ideales se consuman.

Entre todos los organismos de España, no hay otro como el ejército que se ofrezca menos desquiciado por la corrupción y decadencia de los tiempos. Nadie culpó á la tropa ni á sus bravos oficiales por los últimos desastres de Ultramar, de donde, en cambio, no regresó un solo caudillo que pudiera ser recibido por el pueblo como uno de sus héroes para elevarlo á la categoría de aquellos ídolos gloriosos que en otro tiempo le entusiasmaron hasta los más delirantes arrebatos.

Costumbre fué en España, no sé si imitada de los pueblos asiáticos de la antigüedad, ó de los caciques americanos del siglo xvi, ó de los salvajes del centro del Africa; costumbre fué en España, exagerada en el siglo anterior, de premiar con disparatados ascensos y cruces pensionadas los servicios prestados á la patria por los jefes militares que salieron vencedores en alguna escaramuza á que se llamó combate, ó en algunos combates que se llamaron grandes batallas. Esto dió, entre otros ventajosos y lucrativos resultados, el de cargarnos y recargarnos de jefes y generales en número más que suficiente para mandar los ejércitos de media Europa; y cuando rodamos á los llanos de una potencia de tercera clase, es decir, á la de una nación impotente, se cayó en la cuenta que era de toda justicia rebajar el número y calidad de los entorchados. Después de la pérdida de las colonias hubo precisión de amortizar vacantes; y si V. M. no lo tomase por osadía indiscreta, me atrevería á preguntar si son bastantes las rebajas hechas hasta el día en el recargado cuadro de generales del ejército. Pienso que no, aunque pronto se instale entre nosotros el servicio militar obligatorio, con arreglo á los deseos del pueblo español, en vista de lo que así se practica en las naciones de Europa que tienen los mejores ejércitos.

No creo que se necesiten conocimientos especiales y profundos de las cosas de la milicia para comprender que el servicio militar obligatorio es una aspiración popular enteramente ajustada á los principios de rectitud; y por no fatigar demasiado la atención de V. M. en un punto que no es seguramente de mi más insignificante competencia, creo interpretar el pensamiento de los compatriotas, condensándolo en las siguientes conclusiones:

- 1.<sup>a</sup> El militarismo es una de las peores calamidades por las cuales Europa no acaba de salir enteramente de la barbarie; y si se quiere

avanzar rápidamente en la senda de la civilización por la cual los nuevos continentes empujarán dentro de poco á la vieja Europa, será preciso invertir los presupuestos de gastos en Guerra y Marina. En esto, como en muchas cosas, Inglaterra está por delante y muy por encima del Continente.

2.<sup>a</sup> El desarme general es una aspiración utópica y un problema difícil, para la resolución del cual, probablemente muy remota, de seguro no pedirán á España consejo las demás naciones europeas.

3.<sup>a</sup> Aunque nos cueste demasiado caro, en el estado general de las cuestiones internacionales y por la levadura revolucionaria que hay en la masa de la nación, es indispensable que España tenga un ejército bien organizado, bien administrado y relativamente demasiado numeroso.

4.<sup>a</sup> El servicio militar obligatorio es una necesidad justa, apremiante y altamente civilizadora.

5.<sup>a</sup> El deplorable estado económico del país y la pobreza y atraso de la producción nacional aconsejan que no se borre de la ley de reclutamiento la facultad de redención en metálico, con arreglo á cuotas variables según las mudanzas de los tiempos.

6.<sup>a</sup> Manteniendo la redención en metálico, no solamente se sostendrían y aumentarían los ingresos de la Hacienda pública, sino que resultarían excluidos de las filas millares de individuos de las clases acomodadas que distan mucho de presentar las formas hercúleas y el vigoroso brazo de los famosos guerreros de la antigüedad. A los señoritos de casas ricas no se les debe distraer de sus frívolas y livianas diversiones, aunque de sus esfuerzos genésicos no resulte un átomo de adelanto para mejorar la raza. Tiene que haber gente para toda clase de ocupaciones, y se debe explotar en grande escala y por todos los medios, en beneficio del Erario público, la flojedad y la estupidez incurables de los últimos vástagos degenerados de las altas clases sociales.

*La Armada.*—Muchos son los asuntos de interés general que pueden ser motivos de grandes preocupaciones y cuidados por parte de V. M.; pero entre todos hay dos que causan además verdadera congoja y son los que se refieren al agua: la de la tierra, para dar vida á los campos yermos y desiertos, y la del mar, para dar vida á nuestro comercio exterior. Obras de siglos, más bien que de un solo reinado por largo que éste fuera.

Desde los tiempos de Felipe II hasta el presente, cientos y miles de naves del Estado se desbarataron por los temporales ó por los fuegos

enemigos; docenas de escuadras que se creyeron invencibles fueron devoradas por los mares; más de cuatro y más de diez disueltas, en seguida de construídas, como la sal en el agua. ¡Cuántos cientos de millones de pesetas tonta y desgraciadamente perdidos! ¡Y á qué situación tan infeliz hemos venido á parar después de exterminada nuestra reducida fuerza naval en las desastrosas jornadas de Cavite y de Santiago de Cuba!

En pocas cosas se conoce hasta qué punto descendió España como en la imposibilidad de representar algo en los mares. Cualquiera nación de segundo orden podría atreverse hoy día á bombardearnos un puerto sin grandes temores de que cortásemos la retirada á sus escuadras en un combate naval. Y una nación con tantos centenares de quilómetros de costas ya no podría haber llegado á menos en Europa. Verdaderamente no era de sospechar tanta desolación.

Entre las grandes aspiraciones y necesidades nacionales, el rehacer nuestra escuadra es una de las más vivas y para la cual se ve más claramente nuestra impotencia. Es uno de los problemas de casi insuperable resolución. Somos en esto una familia pobrísima, sin suficientes recursos para acallar el hambre y sin medios para cambiar sus harapos por un traje nuevo, ni para gastar una peseta en la diversión más insignificante. Las escuadras poderosas son artículos demasiado caros para naciones tan pobres.

Sin embargo, no debemos sepultarnos en una negación absoluta, so pena de tener los instintos suicidas del pesimismo y de resignarnos hasta á perder nuestra nacionalidad. Entre los ensueños muy nobles, pero irrealizables, de improvisar una escuadra y no hacer nada, absolutamente nada, para llegar á tenerla, hay el término medio de que, en lo sucesivo, no se pase un solo año de vuestro reinado sin tener un buque más de combate, del mismo modo que no debe pasar V. M. un solo día sin hacer una buena acción.

*El clero.*—En los primeros siglos del cristianismo, los sacerdotes eran los pastores de una grey humilde y virtuosa que se ajustaba á la doctrina del Divino Maestro, con la mansedumbre de un cordero para sufrir el martirio, y con la pureza de los ángeles para divulgar el Evangelio. Después que se extendió por toda Europa el cristianismo, hubo un piadoso monarca que honró de singular manera al Pontificado, y para darle mayor esplendor le concedió el poderío terrenal de una nación independiente. Aquí se ve uno de los miles de ejemplos de las grandes equivocaciones de la humanidad; de cómo con los más laudables



propósitos se da principio á una larga serie de torpezas; de cómo lo que crece y se desarrolla con gran fuerza, sin razón de ser, degenera y se hunde para siempre con universal descrédito.

Desde los comienzos de su institución, el poder temporal tuvo en el clero español sus más acérrimos defensores, y con tal fuerza se arraigó entre nosotros la creencia de que la independencia política de Roma era indispensable para dar solidez al catolicismo, que poco faltó á sus partidarios para pedir que se convirtiese en un dogma.

Por ese apego al poder temporal de los pontífices romanos se explica la influencia excesiva que, hasta mediados del siglo anterior, han tenido los eclesiásticos en los asuntos políticos de la nación. A medida que la Santa Sede ejercía con mayor fuerza su acción en los negocios civiles de los países cristianos, fueron aumentando los bienes que la Iglesia poseía en España, hasta el punto de apropiarse más de la quinta parte de la riqueza del país. Y también, á medida que los dominios territoriales de los pontífices se extendían, se fueron retirando las virtudes de la Santa Sede, hasta que la envolvieron los siete pecados capitales, dominando en casi todos los reinados la soberbia y la avaricia. La relajación de las costumbres y la hipocresía se hicieron generales; de Roma se esparció por toda Europa la más solapada astucia; las relaciones entre los Estados estaban envueltas por la doblez y el engaño; el clero y los monasterios se llenaron de disipación y de toda suerte de concupiscencias; los papas encendían y atizaban continuas guerras entre los príncipes cristianos, y el nepotismo más escandaloso dominó siglos seguidos en la Corte pontificia. Precisamente en la historia de la Ciudad Eterna sobresalen entre los más disolutos, avaros y perversos de los pontífices, dos españoles de afrentosa memoria.

Todo lo cual no fué motivo para traer á razones al clero español que presenció las terribles sacudidas de la Reforma y la desobediencia, en masa, de más de media Europa. También en masa el clero español se puso de parte del despotismo y de la intolerancia, y ahora puede tocar de cerca las consecuencias de su falta de previsión y de recto juicio. Los pueblos modernos han venido á parar en el siglo xx á una situación política y social diametralmente opuesta á la que fueron los bellos ideales de la Iglesia romana en los siglos anteriores.

El predominio y la influencia de los eclesiásticos en España coincidió con los siglos de nuestra decadencia, cuando marchaban unidos el absolutismo de los reyes y la intolerancia religiosa. No fueron los tiempos del misticismo los de una paz octaviana, de una moralidad intacha-

ble y de una cultura comparable á la de ahora; y de aquí han deducido los impíos que la Iglesia católica ha sido sistemáticamente opuesta al progreso en todos los ramos de la actividad humana, por lo mismo que la actividad humana necesita para su perfecto desarrollo un elemento que ha sido continuamente aborrecido del clero: ¡la libertad!

De medio siglo á esta parte, el modo de vivir y de gobernarse los pueblos ha cambiado mucho; y de análoga manera á lo que sucedió con las monarquías, el clero español se ve obligado á este dilema: ó á entrar de lleno en las corrientes democráticas de la época, ó á renunciar en política, de una manera absoluta, á ser una fuerza viva de la nación. Ya no son posibles las reacciones de otros tiempos; y así como el trono tiene en la Iglesia uno de sus más firmes apoyos, los eclesiásticos harían mal en pedir al trono nada que se oponga á las aspiraciones liberales de las masas populares, es decir, de la casi totalidad de la plebe y de la burguesía.

Tiemblo cuando se anuncia la formación de un partido que se llamasé *católico*, imitando al de igual nombre de Bélgica, pues aquí hay mucha menos cultura que allí, y en el mero hecho de su proclamación entendería el vulgo que para ser liberal teníamos que empezar por alejarnos de los templos. Hay muchos liberales entre nosotros que aborrecen al clero y detestan todo culto; pero también somos muchos los que amamos la libertad, y no queremos renegar de las creencias de nuestros antepasados.

Entre todas las calamidades que cayeron sobre España en el siglo xix, ninguna fué más terrible ni de peores consecuencias como la primera guerra carlista con que empezó el reinado de Doña Isabel II. No hubiera costado tanta sangre ni nos hubiera retrasado tanto en la marcha de la civilización, si una gran parte del clero no hubiese atizado, con sobrada impiedad, nuestras guerras fratricidas. Efectuada la desamortización eclesiástica, que fué un acto de recta justicia y de buen gobierno, y derrotado el carlismo, gran parte del clero rebelde se sometió á la legalidad. Los sucesos posteriores que se han ido sucediendo han hecho retirar al clero á su esfera puramente espiritual, en que tienen un hermoso campo donde ejercitar todas las virtudes cristianas, principalmente la paciencia; y en honor de la verdad, los sacerdotes de nuestros días son más ilustrados, más humildes, más virtuosos que los de otros tiempos, digan lo que quieran los enemigos de la fe católica.

Únicamente forman una repugnante excepción algunos clérigos de Vizcaya y de Cataluña que predicán, como energúmenos, el separatismo

mo, y no acabo de comprender por qué las autoridades civiles y eclesiásticas tienen con ellos una tolerancia que no merecen. Su conducta es á la vez infame, cobarde é imbécil. Es infame, porque con el hábito de ministros de una religión de amor y de caridad, predicán una guerra fratricida; es cobarde, porque á tener la nación más fuerza y los gobernantes mayor autoridad, se guardarían muy bien de provocar la rebelión; es imbécil, porque no vislumbran las consecuencias tan tristes para las propias regiones y para el mismo catolicismo, que arrastraría inevitablemente el triunfo de sus aspiraciones, si este triunfo fuera posible. Esos clérigos imbéciles, cobardes é infames desconocen en absoluto la situación actual del mundo civilizado y las tendencias del siglo, viviendo en unos espacios imaginarios que tienen poco de gloriosos. Yo comprendo que en Vizcaya, en Cataluña y otras partes de España haya separatistas que al propio tiempo sean republicanos ó demócratas. Lo que no comprendo que haya en esos países quienes reniegan de España y sueñan con una republiquilla católica ó un reinecillo cristiano. Esto es, para mí, el colmo de la insensatez.

Sólo me explico la tolerancia de las autoridades con esos iracundos eclesiásticos, porque con sus propios desvaríos ellos mismos combaten y desacreditan los desatinos con que mancillan la Cátedra del Espíritu Santo, haciendo del separatismo, no un retrato, sino una tosca y ridícula caricatura.

*La burguesía.* — Conjunto abigarrado y heterogéneo, que por un lado toca á la aristocracia y por otro se confunde con la plebe, es la burguesía, entre la cual hay tantos elementos monárquicos como republicanos, mezclados en esa masa que se llama *neutra*, en cierto modo indiferente á la marcha política de la nación. Digo en cierto modo, porque esa masa neutra aborrece por igual las exageraciones autoritarias y las exageraciones revolucionarias. Con la amenaza de las primeras se hace resueltamente liberal; con la de las segundas se une con los que conservan el orden.

La desorganización á que llegaron nuestros partidos tiene alejada de las luchas políticas á la burguesía y á la plebe; y aun cuando esto parece á primera vista una garantía de orden, es en el fondo una falta de salud en los organismos sociales del país, señal evidente de la apatía nacional y de poca vitalidad.

En el fondo, la masa neutra se acerca mucho más á la democracia que á la reacción, y en ella entran, no sólo la mayor parte de la burguesía, sino la casi totalidad de la plebe. Por su juventud, por los prece-

dentes históricos y por las tendencias de la época, V. M. se inclinará, sin duda alguna, al lado de la libertad; y siendo así, no hay duda que llegará á ser el rey más popular y más querido de sus súbditos que hubo en España. Las situaciones conservadoras sólo podrían ser tolerables en algún tiempo, nunca muy largo, con la condición de ocuparse, de preferencia, de las cuestiones económicas y administrativas más bien que de las políticas, no apartándose mucho, en éstas, de las aspiraciones democráticas; y entre los bandos conservadores, relegue V. M. á segundo término los que recibieran el calificativo de clericales, pues la nación de nada quedó más harta que de la intervención ó influencia de los eclesiásticos en la marcha política y administrativa de los reinados anteriores. Por los resultados de esa influencia desdichada está plenamente justificada su aversión.

La burguesía española en nuestros días es muy diferente de la que vivía hace medio siglo. En este espacio de tiempo, lejos de mejorar, hemos empeorado mucho, moral y socialmente considerados; y siendo la burguesía la que ha formado el núcleo principal de las clases directoras, sería cosa de renegar de la libertad y de la democracia, si no fuesen la democracia y la libertad la base de existencia de todo pueblo civilizado.

Del extranjero vinieron las modas de las constituciones políticas, de las leyes liberales, de los procedimientos administrativos, de las costumbres democráticas, de la civilización moderna, en una palabra. Las altas clases sociales fueron sistemática y recelosamente opuestas á tales novedades: la plebe no las comprendía, ó las interpretaba torcidamente; la burguesía no supo, ni sabe, encauzarlas y aprovecharlas para el adelanto del país.

Todos los defectos del carácter nacional, en otra carta expresados, se acentúan de una manera deplorable en la clase media española. Carece de la ilustración de la burguesía de otras partes, porque lee menos, estudia menos, viaja menos y trabaja menos. Tiene menos virilidad, porque se alimenta peor y vive al día más desarregladamente, sin el espíritu del ahorro, siempre apurada, cuajada de deudas, con el sistema de trampa adelante y descontando el porvenir de sus hijos. Carece de verdadero patriotismo, porque se reconoce impotente, humillada, sin nobles aspiraciones para el presente, sin grandes ideales para el porvenir.

El envilecimiento de la burguesía española se acrecentó en estos últimos tiempos por el aumento excesivo de los empleados públicos con relación á los recursos del país productor. Esta parte esencial y la más

influyente de la burguesía, formada por los funcionarios públicos, civiles y militares, ha contribuido y sigue contribuyendo al malestar general. Ni el Estado puede hacer más por ellos, ni ellos pueden hacer menos por la patria.

Desde hace medio siglo se aumentaron hasta lo increíble las ruedas del armatoste administrativo; y con el fatal é inevitable sistema de una centralización exagerada y de una intervención del Estado en todas las manifestaciones de la vida nacional, hemos llegado á una especie de socialismo, que es una carga enorme para el país contribuyente y un estorbo continuo á todo adelanto. Con tanta libertad y con tanta democracia vivimos peor que en muchos tiempos del absolutismo. Esta es una vergüenza que no debe continuar. Esta parte de la burguesía que interviene en la administración pública, es la principal rémora de todo progreso. Es imprescindible; pero está deplorablemente organizada.

En primer lugar, á fuerza de multiplicar los servicios públicos y de recargarlos con exceso de un personal más ó menos inepto, más ó menos indolente, los alumnos de las Universidades y de las carreras especiales no tienen más objetivo que el ingreso en una Corporación oficial, y es fuerza que el Estado cuide de ellos y les asegure su existencia. Año tras otro se crearon nuevos servicios, se formaron y ampliaron á centenares los escalafones de todos los Ministerios, y hemos llegado en la actualidad á una situación tal, que para cualquiera plaza hay millares de pretendientes. Todo el mundo quiere ser empleado del Gobierno, pues los débiles y poco inteligentes encuentran en la nómina el remedio de su miseria, los fuertes é ilustrados un punto de apoyo para sus negocios particulares y para el medro rápido y seguro en sus respectivas profesiones. El mal sigue en aumento, y los centros de enseñanza se hallan atestados de estudiantes que no estudian.

Los otros elementos de la burguesía española, los que son materia imponible, los labradores, los comerciantes y los industriales, arrastran una vida llena de fatigas, con entorpecimientos y dificultades en todo y para todo, desarrollando con pena los elementos de producción del país, con las contrariedades y desdichas que detallaré en otras cartas.

Por lo mucho que influye en el modo de ser de la burguesía española, debo decir cuatro palabras de las detestables condiciones que generalmente tiene la mujer de la clase media. Con muy honrosas excepciones, tanto más brillantes cuanto más escasean, la mujer española de las familias acomodadas está mucho peor educada y mucho menos

instruída que las demás europeas. Al pasar del tiempo de nuestras abuelas al tiempo de nuestras hijas, se ha ido efectuando una transformación en la educación de las niñas, que no en todo ha sido progresiva y favorable. Años atrás, cuando eran muy contados, de pequeñas proporciones y de modesto menaje los colegios de señoritas, recibían éstas una educación que se decía casera, hoy reconocidamente atrasada y hasta ridícula, pero libre de varios defectos de la educación actual. Antes aprendían muy poquita música, más poquito de dibujo, muy ligeras nociones de francés las que tenían una disposición extraordinaria, y otras más ligeras nociones, que olvidaban en seguida, de esas cosas que forman la segunda enseñanza de los muchachos. Con poquita ciencia, su educación se reducía, en el fondo, á esas chucherías inútiles que se siguen llamando *labores de su sexo*; y con estas simplezas, y saber leer y escribir, sin alcanzar á comprender los secretos de ese para ellas indescifrable arte de la ortografía, volvían al hogar, donde la mamá sacaba de ellas unas aceptables cocineras, ó al menos unas costureras muy aplicaditas para las necesidades domésticas.

Á medida que se iba demostrando que esas chucherías inútiles, llamadas *labores de su sexo*, se encuentran mejores y mucho más baratas en las tiendas de sedas y de artículos para regalo; á medida que se extendía nuestra red de ferrocarriles y empezaba á penetrar en las casas de los ricos la respetable y, de cuando en cuando, afortunada clase de las institutrices extranjeras, rápidamente comenzó la transformación, levantándose nuevos colegios á la moderna, algunos verdaderamente suntuosos y confortables. Los progresos han sido evidentes; la instrucción se ha hecho más extensa, más amena, más apetecible; pero no vamos bien por ese camino. Volver á lo antiguo sería intento vano, cuando es evidente que equivaldría á caer en la barbarie. Nada en ese sentido, sino progresar, para que la educación de la mujer española se acerque á la de las naciones más cultas.

De la deficiente, por no decir viciosa, educación de las señoritas de la clase media salen muchos males, que ya se tocan bien de cerca y se pagan hartos caros en sus respectivos hogares. El desmesurado lujo en el vestir, la sed de diversiones y novedades, la flojedad para todo trabajo útil, el afán de todo deleite insubstancial ó pernicioso, reemplazan á la laboriosidad y la cultura intelectual, que debían ocupar la imaginación de las jóvenes. Auméntase cada vez más el número de las necias, y auméntase el dispendio de los hogares; se escatima de la comida lo que se da de más á las modistas y al teatro, y se pone á los padres y ma-

ridos en el duro trance de procurarse mayores recursos que los que sus rentas ó empleos puedan dar honradamente de sí. Fuente de toda suerte de inmoralidades es este modo de vivir la mujer de la burguesía española en general, y muy especialmente de las madrileñas, donde son más vivos y continuos los acicates del lujo y de la disipación.

Hablan muchos de la emancipación de la mujer, y no comprendo que haya seres más necesitados de amparo y protección del sexo fuerte que las pobrecitas mujeres de la clase media española, tan inútiles casi todas ellas para ganar honradamente una peseta, tan flojas de alma y de cuerpo y tan exentas de toda idea de previsión y de orden. Casi todas viven envueltas entre nubes de fausto y de vanidad, distinguiéndose su ignorancia y su ineptitud á tiro de ballesta.

*Los obreros.*—No hay clase social que sea más digna de los cuidados y de la estimación de V. M. como la clase trabajadora, sea del campo ó de las fábricas y talleres, pues en gran parte de ella dependen la prosperidad y el progreso del país, el sosiego público y el bienestar general.

A partir de la revolución francesa, á fines del siglo XVIII y durante todo el XIX, el proletariado fué el brazo robusto, más bien que auxiliar, de los cambios políticos de la Europa entera: con sangre de la plebe se conquistaron, una tras otra, las libertades modernas; el pueblo rompió las cadenas de la tiranía; pero no fueron en provecho suyo las principales ventajas obtenidas, sino de la burguesía, que sucedió, como clase directora, á la nobleza y al clero.

Con el predominio de la democracia, después de afianzarse por las naciones civilizadas el régimen constitucional, á los grandes problemas políticos, con mayor intensidad que antiguamente, siguieron las graves cuestiones sociales que giran alrededor de la principal, la cuestión obrera, motivo de interminables discusiones y revueltas de día en día más agitadas y complejas. Ya no es cuestión, como en otro tiempo, de un poco más ó un poco menos de libertad. El proletariado tiene la que le basta, como forzosamente han de reconocerlo así los republicanos de buena fe, á quienes no cieguen con exceso sus ideales políticos. Á estas horas, si la plebe no disfrutase todas las libertades políticas que necesita, en vez de ser monárquicos, serían republicanos todos ó casi todos los gobiernos europeos.

En España, desde el reinado de Doña Isabel II hasta el advenimiento de vuestro augusto Padre, de las masas obreras sacaron los republicanos muchos millares de partidarios. No diré yo que casi todos han vuelto sus ojos al Trono; pero bien se nota que en gran número se hicieron

socialistas, prescindiendo de la clase de instituciones políticas que nos puedan regir. Hoy el proletariado, aquí y fuera de aquí, quiere á todo trance *paç y trabajo*; el imprescindible, el inevitable aumento gradual del valor de sus jornales, como lo van consiguiendo; más equitativa distribución de los presupuestos de gastos; menos participación del capital en las ganancias de toda clase de labores, aunque el dinero cada día valga menos; *trabajo* asegurado y bien retribuído, para vivir en *paç*; y, después, que mande quien quiera.

Á pesar de las bellas y seductoras teorías del individualismo, los obreros europeos se han hecho socialistas; y como es bien sabido, naciones hay, como Alemania, donde van llevando al Parlamento, en progresión creciente, un número respetable de diputados. Á imitación de Alemania, las demás naciones—la nuestra la última, como en todo,—irán llevando también sus diputados socialistas en número creciente, una tras otra legislatura. No hay que asustarse por esto. Al contrario. Si la Monarquía satisface sus deseos y necesidades, nada pedirán á los republicanos; y es de esperar que en el reinado de V. M. sus aspiraciones sean plenamente satisfechas en todo cuanto tengan de equitativas y razonables. Claro es que en esas aspiraciones todavía flotan algunas ideas utópicas y suicidas; pero más desatendibles eran hace medio siglo.

En España la llamada *cuestión obrera*, que es el principal de todos los problemas sociales, debe mirarse desde dos puntos de vista: el general, que afecta al proletariado del mundo entero, y el que especialmente interesa á los obreros españoles, por la manera peculiar de ser y de vivir de las diversas clases de nuestra sociedad.

Desde el punto de vista general, nuestros gobernantes y publicistas cuidarán de ver lo que se discute y resuelve en otras partes relativamente á la jornada legal de las ocho horas, al tipo regulador de los jornales, al sobreprecio del tiempo extraordinario del trabajo, á la instrucción de la gente jornalera, á las cajas de socorro y de retiro de los obreros, á la intervención más ó menos directa de los Gobiernos y de los otros elementos sociales en mejorar las condiciones de vida del proletariado, y otros puntos de creciente interés en la materia.

Millones de artículos, centenares de libros y folletos se han publicado acerca de la cuestión obrera; otros millones de escritos se seguirán incesantemente escribiendo en todas partes, y va siendo necesario llegar á conclusiones finales, que, siquiera por algún tiempo, se puedan admitir como definitivas. Aun á riesgo de prolongar demasiado esta carta, me atreveré á exponer á V. M. algunas de mis ideas particulares res-



pecto de varios de esos puntos, si bien sería más útil sintetizar en pocas páginas lo mucho que se ha dicho de ellos. Esta sería una labor de benedictino, superior á mis fuerzas y al tiempo que me resta disponible.

Por lo que hace á la que dicen jornada legal ó regular de las ocho horas, claro está, y un niño lo comprende, que según la índole del trabajo de un obrero, ese es un tiempo excesivamente largo, ó por el contrario, de muy reducida duración. No son comparables la labor de un buzo y la de un leñador, ó del pastor, la del picador de una mina de hulla, envuelto en polvo de carbón y gases irrespirables, y la del peón de un lavadero de mineral, la del barrenero de una cantera y la del dependiente de una tienda de sedas, que se divierte en vender cintas, flores de trapo, madejas y ovillos á las señoritas. Si se quiere, ante todo, poner un límite á la duración de los trabajos ó fijar un número de horas normal, hay que clasificar los distintos grupos de labor máxima de 4, de 6, de 8 y hasta de 10 y de 12 horas, independientemente del tipo regulador del salario, sea por cada hora ó por jornada normal. ¿Se ha hecho algo en el sentido de esta clasificación? No lo sé.

En lo referente al tipo regulador del jornal para cada oficio, deben tenerse en cuenta circunstancias muy diversas, según la índole del trabajo, las necesidades del consumo y el precio normal de las subsistencias en cada país y en cada localidad. Esta última circunstancia es la de mayor entidad, y la que merece más atención por parte de los sociólogos y legisladores; y tocante á ella, me limitaré á muy breves consideraciones.

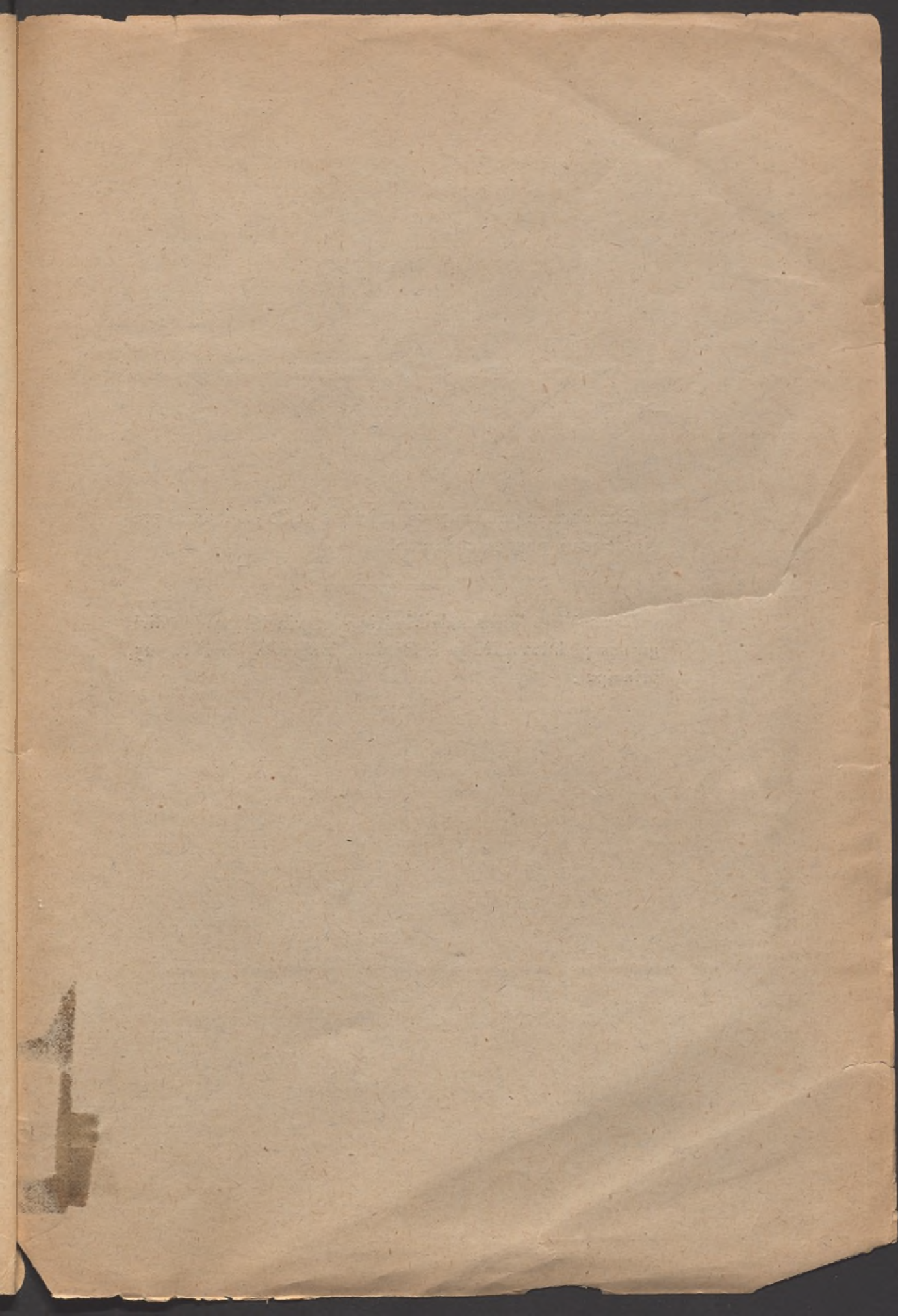
En último extremo, suponiendo que un obrero represente una familia compuesta de cinco personas, por término medio, preciso es admitir que esta familia no ha llegado á un bienestar aceptable, si carece de recursos suficientes para adquirir con su jornal dos quilos de pan, un litro de vino ó de cerveza, un quilo de carne, como equivalente de los demás comestibles, más una peseta por habitación, vestidos, combustible y demás necesidades indispensables de la vida. Esto corresponde á un jornal mínimo de cuatro á cinco pesetas, según las localidades, por bajo del cual, las familias de los obreros, cuando no están sujetas á muchas privaciones y enfermedades, se hallan muy cerca de la indigencia. Contando los doce meses del año y todos los días de cada mes, el obrero español apenas pasa de un jornal de dos pesetas, pues son muy contados los que llegan á tres, y excepcionales los que se acercan á cuatro. De donde las familias ricas que viven en la ociosidad y en la disipación,

destrozando miles de pesetas y de duros por cualquier capricho, pueden deducir, si gustan, que de 18 millones de españoles hay cerca de 16 millones que viven con suma estrechez, practicando la virtud de la paciencia en mucha mayor escala que las pruebas de caridad, de sentido común y de patriotismo de que dan señales los poderosos.

No tan apremiante, no tan necesaria, es la cuestión relativa á la instrucción de la masa obrera que algunos filántropos exageran un poquito. No seré yo de los que critiquen el establecimiento y difusión de la enseñanza popular. Bien venida sea, y más en este país, donde llega al 60 por 100 la afrentosa relación de los individuos que no saben leer ni escribir. Persigamos el bello ideal de que todos sepan leer y escribir; divulguemos la enseñanza práctica de ciertas artes é industrias, y la práctica de labores agrícolas perfeccionadas; pero no llevemos nuestro celo hasta pretender que cada obrero sea un pequeño bachiller en literatura y ciencias, porque nos resultaría un insufrible charlatán, más inclinado á peroratas inútiles y huera filosofías que á su trabajo ordinario. No abusemos de las arengas ni de los romances. Instruyamos lo que buenamente sea posible á los menores de veinte años; y á los que pasen de esta edad cuidemos de asegurar sus jornales, que ya de entre ellos saldrán quienes eleven á sus hijos, en el comercio, en las artes y en la industria, cuanto lo permitan sus instintos de conservación, de economía y de virtudes cristianas.

Todavía más que de instrucción, los obreros españoles, principalmente los agrícolas, están necesitados de educación política y social, falta que deben remediar aquellos burgueses que amen de veras á la Patria y á la democracia. Las altas clases sociales, siguiendo la tradición de la antigua nobleza, continúan creyendo que el obrero sólo necesita un poco de pan, mucha humildad y cristiana resignación, rechazando que le sirvan de provecho alguno sus derechos individuales. Casi, casi, esto último es la verdad; pero no debe ser así.

El establecimiento de las cajas de socorro y de retiro de los obreros es otro punto de la cuestión social que de cuarenta años á esta parte se va tratando con sobrada filosofía y demasiada lentitud. Dentro y fuera de España comenzaron á funcionar esas cajas y algunos economatos en ciertos establecimientos y compañías industriales y mineros que emplean trabajadores y dependientes á centenares. No hay uniformidad en sus instalaciones ni en su modo de funcionar y abundan los modelos para todos los gustos; pero en inmensa mayoría los obreros, especialmente los del campo, necesariamente más atrasados y menos ins-



Universidad de Zaragoza Biblioteca



321048016X

Esta obra se publica por cuadernos de 80 páginas al precio de **una peseta** cada uno.

---

Los señores librereros de Madrid y provincias pueden dirigir sus pedidos á D. José Bonilla, Isabel la Católica, 25, principal.

167